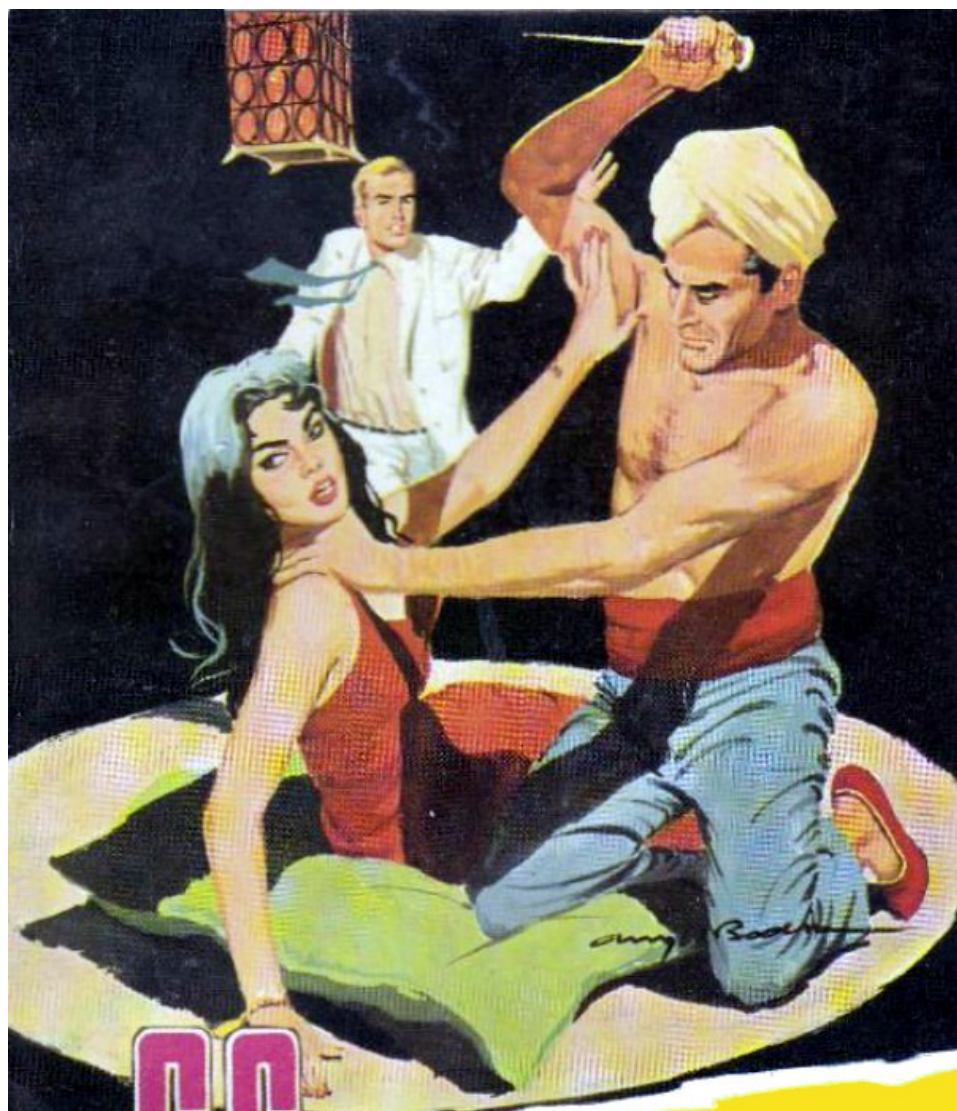




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN
**UN CUCHILLO
ESPERA**

Como si tuviera fuerza propia, como si se llevara consigo la vida que había alentado en el ser al cual perteneció, la sangre avanzaba serpenteando sobre las tablas del suelo del camarote, despacio, con un arrastrarse viscoso y adormilado, pero continuo.

Norton cerró la puerta y contempló el siniestro reguero con el entrecejo fruncido y acariciándose pensativo el mentón. Fuera se oía la algarabía de las voces indígenas, y la música de un instrumento que sonaba como una ocarina se confundía con las órdenes salpicadas de juramentos del contramaestre. El tibio viento de la tarde comenzaba a soplar. Los oblicuos rayos del sol se colaban amables por entre las celosías del camarote. El inevitable perfume del *stick-laque* parecía, con la llegada al muelle, más intenso.

La sangre manaba por debajo de la puerta del ropero-alcena que existía en el mamparo lateral. Norton fue hacia allí. Titubeó antes de abrir aquella puerta. Luego hizo girar la llave puesta en la cerradura y tiró cautelosamente.



Mark Halloran

Un cuchillo espera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 530

ePub r1.0

Lds 13.07.17

Título original: *Un cuchillo espera*

Mark Halloran, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Mark Halloran

Un cuchillo espera

1ª. EDICIÓN

OCTUBRE - 1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

UN CUCHILLO ESPERA

**POR
MARK HALLORAN**



CAPÍTULO PRIMERO

Como si tuviera fuerza propia, como si se llevara consigo la vida que había alentado en el ser al cual perteneció, la sangre avanzaba serpenteando sobre las tablas del suelo del camarote, despacio, con un arrastrarse viscoso y adormilado, pero continuo.

Norton cerró la puerta y contempló el siniestro reguero con el entrecejo fruncido y acariciándose pensativo el mentón. Fuera se oía la algarabía de las voces indígenas, y la música de un instrumento que sonaba como una ocarina se confundía con las órdenes salpicadas de juramentos del contramaestre. El tibio viento de la tarde comenzaba a soplar. Los oblicuos rayos del sol se colaban amables por entre las celosías del camarote. El inevitable perfume del *stick-laque*^[1] parecía, con la llegada al muelle, más intenso.

La sangre manaba por debajo de la puerta del ropero-alacena que existía en el mamparo lateral. Norton fue hacia allí. Titubeó antes de abrir aquella puerta. Luego hizo girar la llave puesta en la cerradura y tiró cautelosamente.

No fue como en las películas, aunque era esto lo que él esperaba. El cuerpo no estaba en pie, no se derrumbó hacia adelante. Norton sonrió sin alegría. Cada vez que se repetía el viejo truco sonaba en los salones de cine del mundo entero un grito de espanto general. La escena nunca perdía su eficacia.

Pero el cadáver no estaba ahora en pie, sino agachado, doblado como un acordeón en el fondo de la alacena. Norton lo miró sin saber qué hacer. Era un indígena, un hombre joven, de tez cobriza, completamente vestido de blanco: turbante, blusón, calzones. Había sido apuñalado por la espalda. Dada su posición, el mango del cuchillo, que había quedado clavado, sobresalía casi verticalmente

entre sus omoplatos. La sangre fluía en gran cantidad; había empapado el dorso de su blusa y se deslizaba por debajo de la puerta camarote adentro.

Norton observó enseguida que aquel cuchillo no era un arma vulgar. El mango presentaba un delicado trabajo en plata con incrustaciones de nácar, y en su centro, magnífica, centelleante, campeaba sobre el fondo blanco una esvástica o cruz gamada de rubíes.

Un arma como para no dejarla hincada en la espalda de un malayo cualquiera, a no ser, cosa improbable, que el asesino no hubiera podido arrancar el puñal después del golpe. Una pieza de museo. Y allí estaba, metida en la carne de un tipo plegado en el fondo de una alacena como un acordeón.

Norton tendió la mano hacia él mango del cuchillo.

Antes de que lo tocase llamaron a la puerta del camarote. Se enderezó con sobresalto.

¿Sobresalto por qué?

Cerró la alacena y fue a abrir la puerta. No del todo, sólo palmo y medio; situándose de modo que su cuerpo bloquease la abertura, además.

La precaución era inútil, porque el camarero que había llamado no pretendía entrar. Traía un aviso. Saludó con una reverencia y lo transmitió exhibiendo en una sonrisa sus negruzcos dientes:

—Los emisarios del marajá preguntan por usted, señor. Están en cubierta, señor.

Desean ser recibidos, señor.

Norton vaciló.

—Diles... que subiré enseguida.

—Perfectamente, señor.

—¡Alí!

—Mándeme, señor.

—¿Ha preguntado alguien por mí anteriormente? Durante el tiempo en que estuve en cubierta. ¿Alguien preguntó por mí o por mi camarote?

El camarero sonreía en mitad del pasillo, las manos cruzadas sobre el estómago.

—Nadie que yo sepa, señor.

—¿Viste a alguien aquí o cerca de aquí? ¿Alguien que no era

tripulante ni pasajero del barco?

—Señor, ha habido a bordo mucho movimiento desde que atracamos... He visto a muchas personas.

—Un malayo vestido de blanco: turbante, blusa, calzones. Trata de recordar. La sonrisa del camarero era una mueca inexpresiva.

—Los habitantes de Kalang suelen vestir todos de blanco, señor. ¿Ocurre algo?

—Sí —dijo Norton con hastío—. Pero nada que a ti te incumba. Ruega en mi nombre a los emisarios del marajá que aguarden unos minutos.

—¿Puedo preparar su equipaje, señor?

—Ahora no. Ya te avisaré.

—Gracias, señor. —Norton cerró la puerta y se apoyó de espaldas en ella. Su mirada, pensativamente, volvió al arroyo de sangre que se extendía por las tablas del suelo.

Grotesco.

¿Qué hacía aquel malayo muerto en la alacena de su camarote? Si se trataba de un ladrón, de un intruso al que alguien sorprendió en trance de robar o en circunstancias sospechosas, ¿por qué fue apuñalado subrepticamente y escondido en el armario? Si su muerte era consecuencia de un ajuste de cuentas entre indígenas, de una venganza, de la liquidación de algún negocio, ¿por qué se eligió como escenario su camarote? ¿Y por qué, de nuevo, encerrar en el armario a la víctima?

Una relación entre su llegada a Kalang y aquel asesinato parecía imposible: Norton no pudo imaginarla por más que se exprimió la mollera. Tenía que ser una coincidencia, un lance casual.

A no ser que las cosas no fueran lo que parecían. Ninguna de las cosas: su viaje, la proposición del marajá, los planes de éste. Uno no sabía nunca a qué atenerse tratándose de orientales, ni siquiera con aquéllos a quienes se hubiera creído más occidentalizados.

La sangre semejaba haber cesado de fluir. El arroyo estaba estancándose.

Norton examinó su equipaje a medio hacer, sus efectos personales, sus documentos, su dinero, sus libros.

Intacto todo. Había previsto sin causa aparente que sería así.

Se encogió de hombros. Luego abandonó el camarote y, por primera vez desde que en Singapur subió a bordo del buque, cerró

la puerta con llave y se metió ésta en el bolsillo.

Halló al capitán en el puente.

O'Brien

se mesaba la barba rojiza ante una jarra de cerveza y contemplaba con ojos soñolientos la vociferante actividad a que el contramaestre se entregaba en la cubierta de carga. Excepto aquello, todo cuanto le rodeaba parecía tenerle sin cuidado.

La pequeña motonave estaba arrimada de estribor al muelle y en éste bullía la abigarrada multitud que Norton se había dedicado a admirar por espacio de más de una hora hasta momentos antes: descargadores, marineros, pescadores, policías, soldados, mercaderes, ociosos, mujeres y niños; malayos semidesnudos, hindúes pulcramente vestidos, algún sij de bizarros bigotes, opulentos comerciantes chinos, nerviosos japoneses, corpulentos birmanos, siameses de expresión enigmática, gentes de piel negra procedentes de Sumatra, Borneo, Java, las Célebes o las Molucas; el cóctel de razas con que uno tropezaba en todos los puertos de las Indias Orientales.

Los muelles se extendían a lo largo de la ribera septentrional del río; moderna y comercial la parte izquierda, con vastos almacenes edificados durante la guerra, cuando Kalang fue utilizada como base de aprovisionamiento de los comandos británicos en la Península; un denso archipiélago de sampanes anclados a la parte derecha, detrás de la cual, en lo que parecía tierra firme y no era sino una marisma surcada por innumerables canales, había surgido la clásica e internacional bidonville^[2] de la posguerra. La ciudad propiamente dicha trepaba hacia las colinas del norte, entre lujuriente vegetación; primero los barrios comerciales, luego las residencias de los burgueses, en su mayoría chinos, más arriba los palacios y los templos, la histórica fortaleza de Nam-Kalang, y en el boscoso parque que coronaba Purduk Hill el palacio del marajá, con sus pavos reales y sus guepardos domesticados.

Las cúpulas de Purduk Hill se distinguían desde el puente en la tierna luz del atardecer. Abajo, en el muelle, Norton vio ahora algo que anteriormente no estaba: un suntuoso «Rolls Royce» gris y plata, junto al cual un chofer negro uniformado de blanco aguardaba en posición de firmes. Alrededor del coche había abierto la gente un respetuoso círculo.

El capitán

O'Brien

apartó los ojos de las maniobras de descarga que dirigía el contraataque, los alzó hacia Norton y señaló el automóvil con el pulgar.

—Mi querido amigo —dijo—, es usted realmente importante. Conozco lo bastante a Kalang para saber que ese cacharro lo dedica al divino Mick al servicio de sus huéspedes más selectos. Su secretario particular está en estos momentos esperándole en el salón. Agradezco que se digne usted descender a mi nivel para despedirse, y crea que...

—No he venido a despedirme —declaró Norton. Había trabado buena amistad con

O'Brien

durante el viaje desde Singapur, en el cual fue, entre la media docena de pasajeros que el buque correo transportaba, el único occidental—. Tengo para usted una mala noticia.

El capitán arrugó su burlesca cara de irlandés.

—¿Qué es una mala noticia para un periodista? Suéltela.

—Hay un hombre muerto en el camarote de mi camarote.

—¿Qué? —exclamó

O'Brien.

—Un indio vestido de blanco —precisó Norton fríamente—. Le han apuñalado por la espalda, le han clavado un cuchillo cuya empuñadura es una verdadera joya. He encontrado el cadáver cuando bajaba a terminar de hacer las maletas. He estado en cubierta desde que hemos atracado, así que en una hora y pico ha habido tiempo de sobra para despacharle. —Tendió en la palma de la mano la llave del camarote—. Vaya a ver.

El capitán titubeó. Entornó los párpados.

—No bromea, ¿verdad?

—No.

—¡San Patricio me valga! ¿No se le ha ocurrido otra cosa que fijarse en que la empuñadura del cuchillo es una joya? ¿Quién es el muerto?

—No recuerdo haberle visto nunca.

O'Brien

tomó la llave. Miró a Norton a los ojos y, de pronto, se echó a reír.

Tenía una risa de bajo, vibrante y sonora, que parecía ascender desde las profundidades de su vientre.

—¡Magnífico, Norton! Ésta es la primera vez que se altera la rutina desde que un vendedor de aspiradores eléctricos sufrió un ataque de apendicitis poco después de haber salido de Pahang, hace aproximadamente dos años y medio. Va a ver tomate siendo usted como es huésped especial del divino Mick... Vaya al salón a que le besen los pies mientras tanto. Vuelvo enseguida.

Abandonó el puente.

Norton le siguió con la mirada, y luego fue al salón. Halló en éste a dos hombres. Uno era alto, flaco, solemne, con una negra barbita de chivo acentuando la longitud de su huesudo y anguloso rostro. Vestía de oscuro, a la europea, elegantemente, última moda londinense, corte a lo Saville Row, pero se tocaba con un turbante blanco que le daba irremisiblemente el aspecto de un prestidigitador de espectáculo de variedades. Sostenía bajo el brazo un portafolios. Le acompañaba un militar que semejava arrancado de un cromó de calendario: gallardo, esbelto, guerrera roja con adornos dorados, turbante tricolor a estilo hindú, pantalones de montar azul-negro, altas y lustrosas botas, espuelas plateadas y sable. Era joven, de rostro atezado e impasible, más un maniquí decorativo que un ser humano auténtico.

El militar saludó con un taconazo; el paisano con una discreta reverencia. Ambos con dignidad.

—Su alteza el príncipe de Kalang le envía su saludo de bienvenida, señor Norton —dijo el segundo, con impecable acento de Oxford—. Tiene usted el coche a su disposición para trasladarse a palacio cuando guste. El teniente Bandagh, de la guardia de su alteza, y un servidor, Yassum Sibbe, secretario particular de su alteza, tenemos el honor de ponernos a sus órdenes. Todos los trámites han sido cumplidos. Sería un placer, señor Norton, cuidar del traslado de su equipaje.

Norton los miró a los dos y sonrió.

—Temo que haya surgido una momentánea dificultad.

—Es imposible, señor. Estamos aquí para...

—Me refiero a que un hombre ha sido asesinado. En mi camarote.

El pétreo rostro del teniente Bandagh se alteró un instante. Su

mirada se cruzó con la del secretario.

—¿Cómo? —inquirió éste. Sus ojos de fakir de teatro se habían endurecido—. ¿Cuándo ha ocurrido eso, señor Norton?

—Hace menos de una hora.

—Es decir, ¿después de la llegada del barco a Kalang?

—Evidentemente. Momentos antes de atracar subí a cubierta. He permanecido más de una hora presenciando la maniobra, admirando el panorama de la ciudad, observando a la gente del muelle. Luego he bajado para terminar mis preparativos, y al entrar en el camarote he encontrado al hombre muerto, apuñalado, encerrado en el ropero. El capitán

O'Brien

está ahora allí.

Sibbe dirigió unas palabras en malayo al militar. Éste asintió y saludó de nuevo a Norton.

—Disculpeme un minuto, señor. Abandonó el salón.

—Esperemos que se trate de un hecho fortuito —dijo el secretario con fingida indiferencia—. Porque usted no habrá notado nada anormal en el curso de la travesía, ¿verdad, señor Norton? Ningún indicio de que fuera vigilado, de que alguien registrara sus pertenencias, de que algo le fuera sustraído... En estos buques de cabotaje el pasaje no es todo lo selecto que fuera de desear, y la separación de clases no puede llevarse de manera estricta, de modo que a veces se producen incidentes desagradables.

—Yo no noté nada. Los pasajeros éramos solo seis: dos funcionarios de Singapur, un comerciante chino y su esposa, un abogado judío y yo. Los chinos se quedaron en Lohor. Los funcionarios y el abogado siguen hasta Dampur. Yo soy el único que desembarca en Kalang.

—Perfectamente. —Sibbe pareció aliviado—. Alguna... alguna cuestión entre los tripulantes... Pero no sabe usted cuánto lamento que su llegada a nuestro país se haya señalado con tanta...

—No se preocupe —interrumpió Norton, cortés. Sacó su pitillera—. ¿Un cigarrillo? Hábleme de mi amigo el marajá. ¿Bien de salud? ¿Entusiasta como siempre de los caballos? ¿En plena forma para sortear los cepos que le tienden las damas?

El secretario dijo que sí, que su alteza seguía bien de salud, y añadió una serie de respetuosos pormenores. Su atención durante el

convencional relato estuvo empero pendiente del regreso del teniente Bandagh, y su rígido disimulo no fue tanto que Norton no advirtiera que casi se estremecía cuando, al fin, el militar reapareció acompañado por el capitán O'Brien.

Saltaba a la vista que el teniente venía inquieto. La alarma perforaba su máscara de impasibilidad.

—Towek —dijo.

Sibbe reaccionó como si aquel nombre le hubiera golpeado.

—¿Towek? —repitió. Rompió a hablar atropelladamente en malayo, pero la expresión que adoptaba el rostro de Bandagh le indujo a interrumpirse. Confuso, como avergonzado de su falta de tacto, se volvió a Norton—. Perdóneme, señor. Parece que el muerto es un antiguo conocido nuestro, aunque su identidad confirma la impresión de que este engorroso suceso carece por entero de importancia. Permítame conducirlo a palacio. El teniente Bandagh se ocupará de su equipaje y de dar a la policía las explicaciones pertinentes.

Norton asintió.

—Cuando guste. —Observó que

O'Brien

le miraba de un modo raro y se desvió hacia él al dirigirse a la puerta—. ¿Qué le ha parecido, capitán?

—El tipo no estaba a bordo antes de atracar en Kalang. —

O'Brien

parecía burlarse interiormente de algo—. En cuanto a lo que me ha parecido... Querido amigo, mi barco permanecerá aquí un par de días por lo menos; se lo aviso por si quiere seguir viaje hasta Dampur. Yo lo haría.

—¿Qué pasa?

—Ya lo sabrá —respondió el capitán enigmáticamente. Sibbe acudía con una sonrisa obsequiosa.

—Señor Norton...

Norton escrutó los soñolientos ojos de

O'Brien.

Luego se encogió de hombros y echó a andar precediendo al secretario.

CAPÍTULO II

O'Brien

le llamaba «el divino Mick» para ridiculizar la veneración religiosa que le profesaban sus súbditos. En los pocos protocolarios círculos del Barrio Latino de París, donde Norton le había conocido y tratado por primera vez, era llamado Mick a secas. En Cannes, donde volvió a tratarle, y luego en Miami Beach, cuando sus caballos causaban sensación en los hipódromos americanos, le llamaban Micky, Mimick, Mickotte o Lucky Mick. Sin embargo, la palabra Mick no entraba para nada en la composición de su verdadero nombre, que era Yahandrapan Haidam, príncipe de Kalang. Aunque su pequeño Estado era íntegramente malayo, Mick alardeaba de su stirpe hindú y se consideraba el más oriental de los soberanos indios. Él era así: Mick, un marajá indomalayo, afortunado en las carreras, sempiterno fugitivo de las más bellas mujeres, cliente asiduo de casinos y clubs nocturnos, sencillo, cordial y extremadamente ducho en el difícil arte de bailar un «cha-cha-cha» sosteniendo en equilibrio sobre la cabeza una botella de champaña.

¿Por qué Mick? ¡Ah! El respondía a la pregunta abriendo expresivamente los brazos:

«Porque soy Mick». Alguien le había bautizado de este modo en su dorada adolescencia, en Oxford, en Londres, en el Barrio Latino, ¿quién sabe?, y sin duda llevaría el nombre hasta la muerte.

Pero esto ocurría en otro mundo. Después de haber atravesado en el «Rolls Royce» la ciudad, ascendido por los barrios residenciales, dejado atrás los templos, entrado en el soberbio parque y ocupado su habitación en el majestuoso palacio de mármol que coronaba Parduk Hill, Norton se preguntaba qué clase

de persona sería Mick en aquel ambiente, el suyo propio, el auténtico; en aquel mundo antípoda desde el cual París, Cannes, Roma y Miami Beach parecían a infinita distancia geográfica y espiritual.

No tardó en obtener respuesta.

—Hola, Andy —dijo el marajá.

Había llamado con los nudillos a la puerta de la vasta habitación y abierto al oír el gruñido de asentimiento de Norton. Estaba en el umbral, apoyado en el marco, las manos en los bolsillos, un cigarrillo humeando en la boca. Era el mismo de siempre: zapatillas de lona, pantalones tejanos, camisa de toalla color ocre; bien afeitado el enjuto y moreno rostro, corto el cabello, y aquel aire general de afable indolencia, un poco tímido, que le era peculiar. Las mujeres solían enloquecer por él, y no sólo porque fuera un príncipe oriental y derrochase el dinero, sino también por su presencia física, por sus ojos de ciervo, por aquel aire enternecedor que llamaba directamente a sus fibras maternas. Mientras acudía a su encuentro con la mano tendida pensó Norton que, a pesar de no haber cumplido más de veinticinco años, únicamente a costa de recalcitrante voluntad, heroicos esfuerzos, gran astucia estratégica y, a veces, cuantiosas indemnizaciones había conseguido Mick mantener íntegra su soltería a lo largo de múltiples y variadas aventuras. Pensó esto. Y apenas se encontró frente a él olvidó las camadas de indígenas mal nutridos que había visto en su ascensión a Purduk Hill, el exótico misterio de templos y palacios, el abigarramiento de los muelles, con su olor a copra y a *stick-laque*, la distancia y el trópico, el calor y las nubes de insectos. Y el malayo apuñalado en la alacena de la motonave...

—¡Mick!

Mick era el champaña, las rubias en bikini, la música de Gerry Mulligan, los caballos galopando en la pista, y no podía ser otra cosa.

—Hola, chico. Me alegra verte aquí.

—En tu reino.

—Digamos... en mi hacienda. Te sentirás más a tus anchas. ¿Buen viaje?

—Pasable.

Mick entró en la habitación arrastrando los pies.

—¿Estás bien instalado? ¡Oh, sé de sobra cómo se viaja en esos correos de Singapur! Tuve que aguantar varios viajes cuando era chico. —Ahora, por supuesto, el blanco y esbelto yate que poseía le evitaba tales incomodidades—. Pensé enviar mi bote en tu busca, pero estaba reparando máquinas y no hubo modo de terminar a tiempo.

—No importa, Mick. Todo ha ido bien. Incluso el final.

—¿Sí?

—Un desconocido asesinado en mi camarote.

—La gente se hace asesinar donde más estorba —replicó el marajá, indiferente—. Andy, de veras te agradezco que hayas venido. Sé que eres un hombre ocupado, y confieso que cuando te escribí no esperaba que aceptaras tan pronto.

—Tu carta llegó en buen momento.

—¿Hastío?

—En parte. Llevaba dos meses en Roma, estaba cansado, aburrido; necesitaba, si no unas vacaciones, un poco de variación. Había proyectado un viaje a Israel, pero tu oferta me tentó. Curiosidad, Mick. No conocía esto. Me seducía la idea de verte en tu ambiente.

—Es decir, que la oferta en sí, ¡pessst!, te resbaló.

—Pensé que quizá no la hacías en serio, que era un modo elegante de disfrazar una invitación...

—¡Oh, no! Detesto los disfraces, Andy.

Mick había avanzado hasta los arcos de elegante curva que conducían a la terraza. La perspectiva, a la luz suave del crepúsculo, era maravillosa desde allí: los árboles y las flores del parque, las cúpulas de los templos, la ciudad, la curva del río, el mar a corta distancia, las colinas cubiertas de bosque tropical hasta difuminarse en la calina.

—Lo prefiero —dijo Norton. Hubo un silencio.

El marajá disparó su cigarrillo a través de la terraza.

—Mira, Andy, tú eres un profesional creo yo que bastante eficiente, un periodista especializado en turismo, un técnico que conoce a un montón de gente y un montón de lugares, alguien de quien el público hace caso y a quien todos respetan. Me decidí a escribirte porque pensé que nadie mejor que tú podría aconsejarme y orientarme.

¿Recuerdas lo que decía mi carta?

—Sí.

—Sabes tan bien como yo lo que ocurre con el turismo: Suiza, los Alpes, Rin, los lagos italianos, Roma, Florencia, Venecia, la Riviera, Montecarlo, la Costa Azul, París, Deuville, las Canarias, las Bermudas, Florida, California, las Hawai, todo eso está al alcance de cualquier tendero y cualquier mecanógrafa. Si el tendero es dueño de unos almacenes y la mecanógrafa secretaria de dirección, pueden permitirse incluso un safari africano. Personalmente nada tengo que objetar. Muy bien. ¿Pero qué pasa con la antigua clientela de esos lugares? ¿Qué aliciente encuentra entre bandadas de estudiantes con mochila y oficinistas con pantalones cortos? Para esa clientela, Andy, hay que buscar algo nuevo; yo formo parte de ella, no sé si por suerte o por desgracia, y siento la necesidad como el que más. ¡Niégame que el problema existe!

—Signo de los tiempos. Pero no se lo puede llamar problema. Y si te has propuesto reclutar a los aristócratas, millonarios, diplomáticos y banqueros, cineastas, escritores y artistas de la alta sociedad internacional para traerlos a Kalang...

—¿Por qué no?

—No sé, Mick.

—Kalang está en el extremo del mundo, pero la gente que a mí me interesa vendrá gustosa al extremo del mundo si ha de encontrar lo que desea. Las distancias han desaparecido: con un buen aeropuerto, esto queda hoy más cerca de Londres que Montecarlo hace cincuenta años. ¿Y qué tiene Montecarlo que no tenga Kalang? Querido Andy, los ingleses hicieron de la India, de Ceilán y Birmania, de Singapur, Hong. —Kong y Shanghai grandes focos de turismo, que en parte, pese a las vicisitudes que atraviesa Asia, conservan su poder de atracción. Yo haré de Kalang el Montecarlo de las Indias Orientales. Dos casinos de juego, polo, deporte náutico, motorismo, espectáculo al aire libre, un ejército de mujeres bonitas, fiestas, *strip-tease*, champaña, buenos hoteles, caza mayor en las selvas... Quiero que estudies todas las posibilidades, que examines mis planes y que luego inicies una campaña de propaganda mundial. Puedes ganar con ello una fortuna, Andy.

Norton miraba perplejo al marajá.

—Yo quizá sí. ¿Y tú?

—Yo pienso divertirme. —Mick rió quedamente—. Me he cansado de viajar y de ser perpetuamente un extranjero. ¡Oh, he reflexionado mucho, Andy! Todo lo que ahora necesito ir a buscar en la Costa Azul, en Roma o en Florida, puedo tenerlo aquí multiplicado. Al propio tiempo crearé fuente de riqueza para el país... Éste es otro aspecto. En Kalang no hay petróleo, no hay oro, plata ni piedras preciosas, no hay uranio, no hay nada, y nuestra posición estratégica carece de importancia. Tenemos estaño, caucho, café y copra, cosas con las que no se va a ninguna parte. El turismo enriquecerá al pueblo.

—Mick, tú nunca has sido hombre de negocios. Lo primero que podría objetarte es que tus planes requieren una enorme inversión de capital.

—Más tarde discutiremos la cuestión financiera. Estoy en contacto con un grupo de Las Vegas y con tres cadenas de hoteles internacionales. —El marajá volvió la espalda a la terraza y apoyó una mano en el hombro del periodista—. No son sueños ni delirios de grandeza, Andy, ya verás. ¿Han traído tu equipaje?

—Todavía no.

—Se habrán dormido por el camino. —Mick oprimió amistosamente el hombro del americano; luego le soltó y echó a andar hacia la puerta con su indolencia característica—. Te dejo que descanses y te pongas cómodo. La cena es a las ocho: por influencia inglesa solemos vestirnos de etiqueta. Essam, el criado que te he asignado, es hombre de confianza; puedes recurrir a él para todo lo que necesites. ¿Deseas algo en particular?

—Con franqueza te diré que no me vendría mal un trago.

—Essam se ocupara de ello. *So long*, Andy.

Norton pensó: «La gente se hace asesinar donde más estorba». Repitió mentalmente la frase cuando Mick hubo salido.

¿Era este comentario lo único que merecía la muerte del malayo en su camarote? Sin embargo, el secretario y el teniente Randagh habían dado muestras de sorpresa y temor. Pronunciaron un nombre. ¿Cómo era? Towek o algo parecido. Y O'Brien

con su mueca burlona: «Ya lo sabrá».

¿Qué había de saber?

¡Mick quería hacer de Kalang el Montecarlo de las Indias

Orientales!

—¿Quién es Towek? —preguntó a Essam, un malayo de sonrisa meliflua y ojos inexpresivos, cuando el sirviente acudió con una bandeja surtida de botellas, hielo, soda y zumos de fruta—. ¿Quién se llama Towek?

La amable y respetuosa respuesta fue:

—No conozco a nadie llamado así, señor.

Norton saboreó un copioso *piña-gin*, recibió el equipaje, lo deshizo con ayuda de Essam; luego tomó un baño y se mudó de ropa. Otro refrescante *piña-gin*, y a las ocho menos cinco el criado le mostró el camino del comedor.

La mesa estaba dispuesta para una cena íntima, no protocolaria, bajo un tupido emparrado, en una terraza casi a nivel del jardín. Tres cubiertos. Luz indirecta e intensos aromas vegetales. Cuatro sirvientes indígenas aguardando tiesos como estatuas.

Unos pasos. Un taconeo femenino.

Norton se volvió y disimuló su sorpresa. Una mujer avanzaba por la terraza a su encuentro; una muchacha de veintidós o veintitrés años de edad. Vestía un traje de noche blanco, sencillo y de exquisita línea, dentro del cual su cuerpo se adivinaba ligero, firme, armónico en la exuberancia vital de la juventud. Sin ser alta, lo parecía por sus perfectas proporciones y por la esbeltez de su talle, que daba a la curva de sus caderas irresistible encanto. Tenía la tez morena, esplendorosa en el generoso escote, en los hombros y brazos desnudos, en el gracioso cuello. Su cabello de un negro intenso, recogido en la nuca, ostentaba una discreta diadema. Su rostro era una maravilla, ancho de pómulos, exótico, enigmático y expresivo a un tiempo, con la tentadora boca entre abierta en una vaga sonrisa y en los grandes ojos de gacela un brillo turbador.

—¿Señor Norton? —preguntó dulcemente.

—Yo soy.

—Me llamo Yassima. —Tendía la mano—. Soy la hermana de Yahandrapan. Me alegro de tenerle entre nosotros.

Norton tardó unos segundos en recordar que Yahandrapan no era sino el verdadero nombre de Mick. Estrechó la mano de la muchacha murmurando unas palabras de cortesía. ¿Una hermana? Ignoraba que el marajá de Kalang la tuviera. Pero ahora que ella había mencionado el parentesco saltaba a la vista el parecido entre

los dos: la sensual indolencia, el fondo de timidez, los ojos, la armonía física. No obstante, las cualidades que daban a Mick su aire de caprichosa debilidad, su apariencia de gigoló, de muñeco para jugar a nenes, se convertía en Yassima en gracias enteramente femeninas y subrayaban su inquietante belleza oriental, a la vez clásica y ultramoderna, a medias el atractivo sofisticado de una maniquí de París y el magnetismo elemental de un animalito silvestre.

Norton dijo:

—Alteza, me deja usted atónito. Conozco hace años a su hermano y he coincidido con él en diversos lugares de Europa y América. Nunca sospeché que Mick ocultara en Kalang semejante joya; de haberlo sospechado, creo que le hubiera obligado a mostrarla a plena luz.

—Es usted muy amable. —Yassima le miraba escrutadoramente entre sus largas pestañas—. Por desgracia, ¿quiere que le hable con franqueza?, se le nota que está acostumbrado a decir galanterías por obligación. No se ofenda.

—No me ofendo. En esta ocasión he sido espontáneo, lo crea usted o no. —Norton tragó saliva—. Y me he quedado corto.

Ella rió.

—Sí, es posible, pero de todos modos se le nota el oficio. ¿Le apetece beber algo? Un criado se aproximaba empujando un carrito-bar.

—He dedicado la tarde al piña-gin. A mi apetito le sentaría bien ahora algo más seco.

—¿Un *whisky*?

—Excelente.

La muchacha preparó por sí misma la bebida. Tendió el vaso.

—Señor Norton, debo decirle algunas cosas de mí. —Su sonrisa adquirió un matiz burlón—. Más o menos... como si fijáramos el protocolo de nuestras futuras relaciones. En primer lugar, le agradeceré que no me llame alteza: mi nombre es Yassima. En segundo, quiero que sepa que mi hermano no ha ocultado su joya familiar en Kalang. Todo lo contrario. He pasado la mayor parte de mi vida en Suiza e Inglaterra, donde he estudiado: soy enfermera, comadrona, practicante, anestesista titulada y visitadora social. Detesto los ambientes en que Yahandrapan vive, prefiero los niños

malayos a los caballos de carreras y la música de las flautas del país al *jazz*; ello le explicará que mi existencia sea ignorada en Miami Beach, Cannes, el Barrio Latino y Vía Margutta.

Norton olfateaba su *whisky*.

—Los ambientes en que su hermano vive son los mismos en que vivo yo.

—Los mismos en que *trabaja* usted, señor Norton. No confundamos. Es usted un técnico de la ociosidad, los placeres y el lujo, un periodista especializado en turismo, viajes y crónica mundana...

—Profesión vil y despreciable, ¿no es cierto?

—De todos modos una profesión. —Yassima había preparado para sí otro vaso—. Lo último que quería decirle, señor Norton, es que necesito hablar reservadamente con usted.

—Estoy a su disposición.

—No, no ahora. Mi hermano llegará de un momento a otro.

—Cuando guste.

—Esta noche, después de retirarnos. Sea la hora que sea, salga a la terraza de su habitación. Encienda un cigarrillo. El brillo de la brasa me servirá de señal para acudir.

Norton fruncía el entrecejo.

—Después de lo que ha dicho no es difícil adivinar lo que quiere exponerme. Le repugna la idea de, que su hermano convierta Kalang en estación turística de moda; preferiría usted convertirla en hospital general de niños malayos.

Yassima bebía parsimoniosamente.

—Demasiado listo, señor Norton —dijo a continuación—. Quiero hablarle de una esvástica de rubies.

—¿Qué?

Alguien se acercaba. Yassima suspiró.

—Luego.

Mick entró con paso cansino en la terraza. Su aspecto era triste y preocupado, pero Norton sabía que sin causa específica solía serlo muchas veces. Vestía un *smoking* blanco con su característica elegancia de felino perezoso.

Sin aguardar a que le dieran la orden, el criado que había conducido hasta allí el carrito-bar escancié tres dedos de *whisky* en un vaso y le añadió unos cubitos de hielo. Lo agitó un poco. Lo

ofreció con una respetuosa inclinación de cabeza.

El marajá sacó una mano del bolsillo para tomar el vaso.

—Veo que has conocido ya a Florencia Nightingale^[3] —dijo a Norton. Se puso el vaso ante la boca para disimular un bostezo—. Bien, espero que cenaremos en seguida...

CAPÍTULO III

Essam, el criado, montaba guardia en el exterior de la puerta de su habitación.

—No te necesito —dijo Norton—. Puedes retirarte, gracias.

—¿Desea el señor tomar un baño? ¿Desea algo de comer?
¿Permite que me ocupe de su ropa?

—Digo que no necesito nada... salvo hielo.

—He renovado hace un momento la provisión, señor.

—Buenas noches. Ven mañana a despertarme a las ocho.

—¿Desayunará en la habitación, señor?

—¡Cielos! —gimió el periodista—. Tú despiértame, y ya decidiré. ¡Lárgate ahora!

—Siempre a sus órdenes, señor.

El reloj de Norton señalaba las doce menos veinte minutos.

La conversación con Mick había sido prolija. En su estudio privado, atestado de libros, decorado con las más audaces telas y las más abstrusas esculturas del arte no figurativo —sin el menor rastro de arte oriental—, el marajá había expuesto sus planes, Norton los había estudiado y discutido, y ambos habíanse separado sin llegar a una conclusión. La impresión del americano era que la idea de Mick, bien que realizable —aunque no exactamente en los términos en que el marajá la planteaba—, debía salvar enormes obstáculos, para los cuales no sería suficiente la campaña propagandística mundial imaginada como primer impulso. Era preciso, ante todo, construir un aeropuerto con pistas adecuadas a los mayores aparatos comerciales; luego interesar a las líneas aéreas, a las agencias turísticas, a las empresas hoteleras internacionales; atraer una gran masa de capital, sugestionar a un núcleo de personalidades importantes, efectuar largos dispendios en

invitaciones y agasajos, emplear técnicos, untar la mano a políticos y periodistas en una veintena de países, todo lo cual representaba mucho tiempo, mucho dinero y mucho trabajo.

Y mientras tanto la gente se hacía asesinar «donde más estorbaba». En aquel marco ultraoccidental, escuchando a aquel hombre que con mentalidad occidental y en un idioma occidental le hablaba de problemas típicamente occidentales, Andy Norton sentía pesar sobre sí la sombra de Oriente. Mick le había dicho que detestaba los disfraces:

«Detesto los disfraces, Andy». Pero todo en él era un disfraz, desde el blanco *smoking*, las maneras y el idioma, hasta los cuadros, las esculturas y los libros; porque el auténtico Yahandrapan Haidam, educado en Oxford, barnizado en París, turista en Roma, Cannes y Miami, no era sino el soberano de un pequeño país medieval perdido en las selvas malayas, y todo lo demás «lo llevaba puesto». Norton comprendía que sólo en Kalang podía uno percatarse de una cosa así, que para ver al auténtico Mick no bastaba con mirarle a él, sino que había que mirar en torno.

¿Qué había en torno?

Había un malayo muerto en la alacena de la motonave correo de Singapur, su sangre fluyendo por debajo de la puerta, hincado en su espalda un cuchillo con una esvástica de rubíes incrustada en la empuñadura.

Detrás de aquel cadáver, en la sombra ancestral de Oriente, en la frontera de la selva milenaria, ¿quién sabe lo que podía haber?

Esto pensaba Norton al cerrar la puerta de su habitación, tras despedir al untuoso Essam. ¿Quién sabe? Hacer de Kalang el Montecarlo de las Indias Orientales... ¿Quién sabe lo que podía haber detrás de aquella idea?

Empezó a quitarse la ropa mientras preparaba un *whisky* bien cargado de hielo. Se llevó el vaso al cuarto de baño. Tomó una rápida ducha fría. Bebió un trago. Se puso el pijama y el batín de seda para regresar a la habitación.

Le salvó un sexto sentido.

No había visto ni oído nada. Sin embargo, en el momento de trasponer el umbral de la puerta de separación, adivinó, no lo que iba a ocurrir, sino lo que estaba ocurriendo ya. Se encogió y saltó a un lado. La centelleante hoja de acero marró el golpe y pasó a un

palmo de su hombro.

Por un instante, en el brevísimo intervalo de inmovilidad que siguió al golpe fallido, pudo ver con claridad al hombre que, apostado junto a la puerta, había estado esperando su regreso del cuarto de baño. Era un indígena de piel oscura, casi negra, cabello lacio, labios gruesos, ojos hundidos, mandíbula prognata, cuerpo musculoso y piernas cortas y torcidas; desnudo, salvo un sucio taparrabo de tela.

Luego el hombre saltó de nuevo contra él. La hoja de acero se alzó.

Norton se sonrió interiormente del cándido primitivismo del ataque. Paró el segundo golpe, desvió la mano armada y contraatacó con científica violencia. El indígena dejó escapar un ronquido de dolor, se hundió bajo una presa implacable. Soltó el cuchillo. Durante unos segundos se debatió desesperadamente, sin otra obsesión que la de huir, librarse de aquellas garras manicuradas que le manejaban como un monigote y cuyo contacto, como por arte de brujería causaba más daño que el de un hierro al rojo. Norton descargó un hachazo en su garganta, pero no pudo impedir que el cuerpo aceitoso, contorsionándose como una serpiente, se le escurriera de entre los dedos. Momentos después, en dos saltos, el aterrorizado asesino había alcanzado la terraza y desaparecido en la oscuridad.

En el suelo estaba su arma.

Era un magnífico cuchillo, una pieza de museo. El mango presentaba un delicado trabajo en plata con incrustaciones de nácar, y en su centro, centelleante, campeaba sobre el fondo blanco una esvástica de rubíes.



—Me halaga que traiga escolta.

Norton lo miró resistiéndose a creer en el testimonio de sus ojos. El mismo cuchillo que había visto asomar entre los omoplatos del malayo muerto en su camarote; el mismo, o una fiel reproducción...

Se oprimió la frente.

No soñaba, por supuesto que no. Quince minutos antes había estado discutiendo con Mick la mejor manera de atraer a Kalang a los duques de Burnham, a lord Hastings, al banquero D'Aubusson, al armador Marietta, a Patricia Mendoza, a Shirley Kennedy y a

otras celebridades del gran mundo. Ahora, allí mismo, en la lujosa y copiosamente iluminada habitación, un asesino negro surgido de quién sabe dónde acababa de saltar contra él esgrimiendo un bello y mortífero cuchillo.

El contraste abrumaba.

¿Cuál era la realidad?

Norton se agachó y recogió el arma. Recogió también los fragmentos del vaso, que se había hecho añicos contra el suelo en el curso de la breve lucha, y los llevó a la bandeja de las bebidas, donde se preparó un nuevo *whisky*-hielo. Examinó el cuchillo con atención. En su brillante y afilada hoja no había señales de sangre. Era una versión refinada, estilizada, artística, del famoso kris malayo, un arma de verdadero valor que resultaba incongruente hallar en poder de un salvaje semidesnudo.

¡Un esvástica de rubíes!

Norton miró en torno. La puerta de la habitación no tenía llave, aunque sí un pestillo de bronce con que cerrarla desde el interior. Pero por el lado contrario la comunicación a través de los arcos era libre con la terraza, y cualquiera podía entrar por allí sin impedimento. Un hombre amenazado de muerte no se hallaba más seguro en aquella estancia peligrosamente ventilada que si durmiera en pleno descampado.

Y él estaba amenazado de muerte. Tenía que estarlo. El malayo del camarote había caído en su lugar por un azar fortuito, quizá por un error. El intento acababa de repetirse, y de nuevo con un cuchillo que ostentaba una esvástica de rubíes en la empuñadura.

¿Por qué?

Norton guardó el arma entre los pliegues de su batín de seda, tomó el vaso de *whisky* y se fue con él a la terraza. Cuando estuvo en ésta encendió un cigarrillo.

La terraza se extendía a lo largo de la fachada lateral del palacio, sumida en la oscuridad más allá de la zona que iluminaban las luces de la habitación. Había arcos en toda su longitud. Otras habitaciones, otras dependencias era de suponer que se abriesen a ella. Norton hizo una mueca. ¡Lo mismo, o peor, que dormir en descampado!

El parque era ahora una masa negra que aislaba la franja luminosa de la ciudad. El río y el mar se adivinaban más que se

veían al fondo. Algún que otro rumor lejano llegaba entremezclado con el canto de los grillos y los gritos de las aves nocturnas.

Algo se movió en el extremo de la terraza. Norton aguardó.

Yassima.

La joven entró en la zona de luz. Llevaba asido por el collar lo que en el primer instante creyó Norton que era un perro, aunque luego vio que era un guepardo de chata cabeza y largas patas. Ella había trocado su traje de noche por una túnica de color verde pálido que caía hasta las sandalias doradas que calzaban sus pies. Se había quitado la diadema y el cabello negrísimo pendía suelto sobre sus hombros, enmarcando su turbadora y exótica belleza. Semejaba una deidad pagana, una antigua diosa enigmática, reina del amor y de la muerte.

El americano dio una vigorosa chupada a su cigarrillo.

—Lamento que haya tenido que esperar tanto.

—Ni la mitad de lo que suponía —replicó tranquilamente la muchacha—. La primera noche, la primera ocasión en que le toma por su cuenta, y con las ganas que tenía mi hermano de verle... Me sorprende que le haya soltado tan pronto. ¿Le asusta a usted «Fang»?

Norton escrutó los ojos fosforescentes del animal.

—No me asusta, me halaga. El hecho de que una joven tan segura de sí como usted se haga acompañar de esa fiera para acudir a una cita nocturna conmigo me induce a pensar que soy pese a todo un tipo peligroso. Es un pensamiento confortador.

Yassima avanzó unos pasos y la luz de la habitación dibujó nítidamente a través de la túnica su admirable silueta.

—No he traído a «Fang» por usted; simplemente, viene conmigo casi a todas partes. Pero ello no significa que no sea usted en cierto sentido un hombre peligroso, señor Norton.

—¿En qué sentido?

A contraluz, el rostro de la muchacha era una mancha de sombra.

—Es atractivo, es fuerte, es varonil, tiene mundo y aplomo, se mueve y habla con soltura, inspira simpatía y confianza. Un hombre con esas cualidades es peligroso si las utiliza para aprovecharse de los demás; por ejemplo, de las mujeres.

—No está usted al día —dijo burlonamente Norton.

—¿Por qué?

—Mi tipo pasó de moda. Las mujeres se chiflan ahora por el delicadito, el melancólico, el atormentado por los complejos, el incomprensido que arrastra el recuerdo de una infamia triste o el que canta dando hipitos, contoneándose y mirando con ojos de vaca. Siendo como yo soy ya no puede uno aprovecharse de nadie.

—Bien, en ese caso celebro no estar al día. ¿Me da un cigarrillo, por favor? He olvidado los míos.

El le dio el cigarrillo, y la llamita del encendedor le reveló la contenida sensualidad de sus labios y el húmedo brillo de sus ojos. Permaneció junto a la muchacha aun sintiendo el ominoso contacto del hocico del guepardo, que le olfateaba una pierna. Se daba cuenta de que experimentaba hacia la joven una intensa atracción, un sentimiento que ninguna mujer en mucho tiempo le había despertado. Pero no era agradable. Le hacía a uno sentirse vulnerable, desamparado, inerme. No había en la sensación más que un placer morboso.

Dijo:

—Usted quería hablarme de una esvástica de rubíes. ¿Prefiere que entremos? ¿Le apetece un trago?

—Estamos bien aquí. Serán pocas palabras.

—Como guste.

Ella se apartó, soltó el collar de «Fang» y echó la cabeza atrás para expeler una bocanada de humo. El animal no se movió de su lado.

—Señor Norton, debe usted disuadir a mí hermano del absurdo proyecto que ha concebido. Mick, como ustedes le llaman, es en según qué cosas un chiquillo irresponsable. Pero le respeta a usted, tiene en mucha estima su opinión, y por usted se dejará convencer. Tiene que hacerlo, señor Norton.

El americano suspiró.

—Lo lamento. Sabía que me pediría usted eso de todas formas.

—No es por el motivo que imagina. No es porque su idea me guste o me disguste a mí.

Yo quedo aparte.

—¿De veras?

—Estoy tratando únicamente de evitar a mí país males muy graves.

—Gravísimos —asintió Norton con sarcasmo—. Una invasión de zánganos internacionales, el juego, la vida alegre, las mujeres bonitas, el dinero, el ocio... Ya sé, conozco el panorama.

—Se equivoca. Me refiero a la muerte, la sangre y la guerra civil.

—Habla en serio, por supuesto.

—Completamente en serio.

Norton comprendió que estaba aproximándose al nudo de la verdad, pero no demostró el interés que realmente sentía. Sus ojos escrutaban los de la muchacha.

—¿Todo eso porque Mick quiere que la gente se divierta y gaste su dinero en Kalang?

—No será el motivo, aunque sí el pretexto.

—Princesa, le agradecería que me lo explicara con claridad. La joven replicó impaciente:

—Le dije antes que mi nombre...

—Su nombre es Yassima, de acuerdo. Siga.

La sequedad del tono de Norton hizo que ella titubeara.

—Desde la última guerra —dijo al fin—. Asia ha cambiado, ha despertado de un sueño de siglos. Ninguno de estos países es ya lo que era veinte años atrás. Entonces ejercía su influencia el Japón, hoy la ejerce China. La cultura se ha extendido. Las ideas occidentales se han abierto camino gracias a la propaganda americana, pero las hemos asimilado mal; yo me incluyo, señor Norton: soy a fin de cuentas una simple mujer indígena cuya madre no sabía ni leer. Los cambios se notan en Kalang. Hay fuerzas latentes que sólo esperan una ocasión propicia para manifestarse, y el día en que lo hagan el dichoso reinado de mi hermano acabará y toda la estructura política del principado se vendrá al suelo.

—¿Me permite una observación?

—Naturalmente.

—La política me produce dolor de cabeza. Disculpe mi candidez: había imaginado que su alusión a una esvástica de rubíes era parte de alguna historia melodramática y emocionante. Como no es así...

—Señor Norton.

—Perdón. Si usted se llama Yassima, yo me llamo Andy.

—¡Está bien, déjeme continuar! —exclamó la muchacha, enojada. El sonrió al verla por primera vez sin su envoltura de

serenidad oriental—. Hay un hombre en Kalang —añadió ella en tono vehemente— cuya ambición es arrojar a mí hermano del trono, adueñarse del poder y establecer una dictadura personal para desarrollar un programa político revolucionario. Cuenta con muchas simpatías en todos los ambientes, con amplio apoyo, con dinero, con medios, pero en su camino se interpone un obstáculo insalvable: el espíritu tradicionalista y la fe religiosa de los mismos que simpatizan con él. Mi hermano es el soberano natural de Kalang, y al propio tiempo el jefe religioso, una figura, y le suplico que no se burle, de naturaleza divina. Rachamanda, el propio Rachamanda, al igual que sus partidarios, nunca empleará la violencia contra Mick, porque sabe que destronándole va a destruir la esencia misma de nuestra pequeña nación, con lo que causará un daño mayor que el que pretende reparar. Rachamanda no está ciego, no es un insensato sediento de dominio. A su manera, desea el bien.

—Rachamanda —repitió Norton—. Nunca había oído ese nombre.

—Es la cabeza de una noble y antigua familia, un gran terrateniente, una alta jerarquía religiosa. A nadie admira y respeta la gente de Kalang como a él. Entiéndame: a Mick le obedecen y veneran por obligación, porque así lo establecen nuestras leyes y nuestras creencias; a Rachamanda le adoran espontáneamente, porque es un jefe nato y un hombre intachable.

—Cuesta poco advertir que usted, la propia hermana del marajá, se cuenta entre sus adoradores.

—No lo niego. Cederle el poder a Rachamanda sería el mayor bien que podría hacerse a Kalang.

—Dígaselo a Mick. Sospecho que si le aseguraban el cobro de sus actuales rentas...

—Nadie le aseguraría tal cosa. Las rentas del marajá de Kalang son imprescindibles para cubrir otras necesidades que las de champaña y caballos de carreras, de lo contrario, la revolución no tendría sentido. Mick no se marchará voluntariamente, y Rachamanda no intentará nada contra él sin un pretexto fuerte, algo, una evidencia con la cual persuadir a sus amigos y persuadirse a sí mismo de que el golpe está más que justificado.

—Luego, ¿usted afirma que los planes turísticos de Mick serán

ese pretexto?

—Sí.

—Es absurdo, Yassima. —La ironía habíase desvanecido del tono de Norton—. Tales planes representan una inmensa fuente de riqueza para el país, esto en primer lugar; en segundo, impedirán que Mick continúe repartiendo su patrimonio entre los «bookmakers» de Florida, los *croupiers* de Montecarlo y Las Vegas, los *cabarets* de París, los hoteles de Roma y las cuentas corrientes o los joyeros de un montón de rubias esculturales. Usted sabe eso tan bien como yo, y ese admirable personaje, Racha-lo —que-sea, debe saberlo tan bien como nosotros.

—Probablemente sí —asintió con gravedad la joven—. Sin embargo, para los tradicionalistas y los creyentes serán un crimen los planes de Mick. Las riquezas no justifican la corrupción. Rachamanda tendrá el pretexto que busca.

—Lo tiene ya: Mick es un excelente camarada de juerga, un aristocrático deportista, un chico que atolondra a las mujeres, pero no parece que valga mucho como gobernante. También es un crimen que él pase la mayor parte del año tirando el dinero alrededor del mundo mientras aquí sus súbditos se mueren de hambre. ¿Quiere usted un pretexto mejor?

—No, señor Norton. Las tonterías de Mick ocurren muy lejos de Kalang y sin escándalo para nadie. Por lo demás, de acuerdo con nuestra mentalidad, lo que él dilapida no son los recursos del Estado, el dinero de sus súbditos o un capítulo de los bienes de la comunidad. Aquí no hay comunidad ni Estado. Mick gasta sus propias rentas, como lo haría el propietario de un rancho o de una plantación con lo que éstos le rinden. Es en realidad el dueño del país, no el encargado de gobernarlo.

Norton se humedeció los labios con la lengua. Pensaba: «En mi hacienda»; eran las palabras que Mick había utilizado para referirse a su reino.

—¿Quiere saber una cosa? —preguntó.

—Diga.

—Sospecho que mañana me excusaré ante Mick por no ser el hombre adecuado a lo que él planea, me despediré afectuosamente y seguiré viaje hacia Dampur en el barco del capitán O'Brien.

Esto no me gusta, no es para mí, no me conviene. No tengo mentalidad de intrigante. ¿Para qué diablo perder tiempo? ¿Y para qué arriesgar la piel?

Yassima frunció el entrecejo. Al cabo de un momento replicó:

—No perderá usted el tiempo, señor Norton; por el contrario, opino que su presencia y sus consejos podrían hacernos mucho bien, a mí, a mí hermano y a nuestro país. No veo, además, que arriesgue la piel de ningún modo.

—No, ¿eh? —rió el americano sin ganas. Introdujo resueltamente la mano entre los pliegues de su batín y sacó el cuchillo que había recogido en su habitación. El enjoyado mango centelleó a la luz—. ¿Sabe usted lo que es esto?

Le sorprendió la reacción de la joven. Con sobresalto, ella dio un paso atrás, y su voz sonó insegura cuando dijo:

—Naturalmente que lo sé... Es uno de los cinco cuchillos de Rachamanda. Lleva incrustada la esvástica de rubíes...

CAPÍTULO IV

Algo en la oscuridad había llamado la atención del guepardo. Rígido, erizados los pelos del espinazo, el animal emitía un sordo gruñido.

Yassima lo asió por el collar y pronunció en malayo una enérgica orden. Arrojó el cigarrillo y se pasó la mano por la frente.

—Se acerca alguien —dijo Norton.

—Soy yo.

Era Mick. Un Mick nuevo, pensó el americano. En el poco tiempo transcurrido desde que se separó de él en el estudio había mudado su traje de etiqueta por un extraño atuendo de color blanco: falda-tubo hasta el tobillo, una especie de guerrera sin hombreras, y en la cabeza un gorriño semejante al de un *barman*.

Norton recordó: «Detesto los disfraces».

¿Y bien?

Era la primera vez que veía al soberano de Kalang sin sus ropas occidentales; quizá la primera vez que le veía de verdad, tal como era. Y apenas Mick entró en la zona iluminada descubrió en su rostro una expresión distinta, como si un velo hermético se hubiera corrido sobre su afable e indolente timidez.

Yassima preguntó con patente enojo:

—¿Qué quieres?

El guepardo se había tranquilizado, pero ella no. La vista del cuchillo que Norton sostenía aún en sus manos la había asustado.

—Os he oído hablar —dijo Mick apaciblemente—. Siento curiosidad por saber dónde ha conseguido Andy ese *ignilk*.

—¿Ese qué? —inquirió Norton. El marajá le sonrió.

—El *ignilk* es el cuchillo sagrado de ceremonia que posee y se transmite de padres a hijos toda familia noble. Ostenta siempre en el

puño el emblema del clan.

—Yassima ha dicho que es uno de los cinco cuchillos de Rachamanda. Con estas mismas palabras.

—Sí, lo he oído. —Mick fijaba en su hermana una mirada vacía e incolora—. Durante la guerra, en la época de la invasión japonesa, mi padre salvó la vida de Rachamanda exponiendo la suya. Como expresión de agradecimiento y fidelidad, Rachamanda renunció a sus *ignilks* y los puso en sus manos; fue un acto simbólico de acatamiento, por el cual quería expresar que subordinaba su persona y su familia a la de mi padre y reconocía a este como cabeza. En la historia de Kalang se han dado cinco o seis casos similares, y en todos ellos, por supuesto, la subordinación ha ido pasando de una generación a otra... costumbres pintorescas, ¿verdad, Andy?

Norton observaba perplejo al marajá.

—¿Con eso qué quieres decir?

—A la muerte de mi padre yo heredaré los *ignilks* de Rachamanda —explicó Mick encogiéndose de hombros—. Estaban en el salón azul, en lugar de honor, en una caja tapizada de raso. La esvástica de rubíes es el emblema de su clan. Hace una semana desaparecieron.

—¿Robados?

—Sí.

Yassima dijo:

—Será mejor que se lo cuentes todo a Andy.

—Andy es lo bastante listo como para comprenderlo. No hay nada que contar, salvo que la mentalidad de Rachamanda no es muy superior a la de un caníbal y para él vale tanto el símbolo material de una idea como la idea misma. Con los *ignilks* en mi poder yo era el jefe de su clan y cualquier acto contra mí constituía un doble sacrilegio. Para un cerebro como el de Rachamanda, arrebatarme los *ignilks* es desligarse del juramento prestado. No es el juramento en sí lo que importa, sino su representación material. Ahora, claro está, se considera libre de todo compromiso.

—Eres injusto con él —murmuró la muchacha—. Rachamanda no piensa ni obra de ese modo. Yo te pedía que contaras...

—He dicho que no hay nada que contar. —Mick se volvió a Norton y le sonrió de nuevo—. Sigo sin saber dónde has conseguido

el cuchillo, Andy.

—Te hablé de que había encontrado a un hombre muerto en mi camarote momentos antes de desembarcar. Este cuchillo estaba clavado en su espalda.

El marajá enarcó las cejas.

—Imposible, querido. Aquel cuchillo se encuentra en manos de la policía. Lo he visto hace cinco minutos.

—En tal caso era un ejemplar idéntico. Cuando me he separado de ti hace un rato he tomado una ducha, y al regresar del cuarto de baño a mí habitación un sujeto que esperaba oculto en ésta ha intentado apuñalarme. Le he zurrado y ha escapado abandonando el arma que empuñaba.

Yassima ahogó una exclamación.

—¿Aquí? —preguntó Mick.

—Mi habitación es lo menos parecido a una fortaleza inexpugnable. La sorpresa del marajá era sólo discreta.

—Lo lamento, Andy.

—Puedes lamentarlo —intervino la muchacha bruscamente—. Sabes de sobra que esto es sólo el principio.

—O el final —replicó con suavidad Mick—. Prefiero que las cosas hayan descendido a este terreno.

—¿Quién era Towek? —inquirió Norton.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Lo pronunció el teniente Bandagh a bordo del buque después de ver al hombre muerto en mi camarote.

—Bien, aquel hombre se llamaba así: Suram Towek.

—¿Quién era y por qué fue asesinado?

—Mira, chico, gobernar un país como Kalang es un fastidio —dijo cansadamente Mick—. Tú tienes la suerte de estar al margen de estas cosas, y te aconsejo que continúes al margen.

Norton no dejó traslucir su indignación. Rehuyó la mirada de Yassima, que sentía fija con intensidad en su rostro.

—De acuerdo, seguiré el consejo. Completamente al margen. Mañana volveré al barco. Iré hasta Dampur, y de allí a Bangkok en alguno de los buques de pasaje thailandeses. Tengo de Bangkok excelentes referencias.

—Yo no quería decir eso, Andy.

—Lo digo yo.

—Por favor, no lo tomes de ese modo.

—¿Cómo quieres que lo tome, Mick? Hace unos minutos un salvaje semidesnudo ha pretendido matarme en mi propia habitación. Después de esto, está claro que el asesinato cometido en el buque fue un error, un accidente. El tipo que apuñaló a ese tal Towek pretendía despacharme a mí; se cargó al otro por casualidad, porque Towek le sorprendería, porque entró de repente en mi camarote con algún propósito, no sé cuál. El golpe falló esta tarde, pero esta noche se ha repetido, y se repetirá en adelante hasta alcanzar éxito. No, Mick, muchas gracias. Me siento muy joven para morir; sobre todo para morir por algo que no me incumbe en absoluto, que no me interesa; algo sobre lo cual se me niega la más elemental información. Así que, muchacho, arriba con tus planes fantásticos. No esperes verme de nuevo por aquí ni aunque Kalang eclipse la fama de Las Vegas, Cannes, París, Saint Moritz y Florencia juntos, cosa que por lo que se huele en el ambiente me permito dudar.

El marajá había, escuchado en silencio. Parecía fatigado y lleno de hastío.

—No es raro que el olfato le engañe a uno —dijo.

—Dejémoslo, Mick. —Norton sacudió la cabeza—. Buenas noches. Buenas noches, Yassima. Prometo despedirme mañana de usted...

—Andy —articuló el marajá.

—No lo tomes a mal, querido.

—Andy, espera. Tengo algo que mostrarte. Su tono hizo titubear a Norton.

—¿De qué se trata?

—Acompáñame. Tú vete a la cama, Yassima. La muchacha dijo:

—Mucho cuidado. Has vivido demasiado tiempo ausente de Kalang, Yahandrapan. Sé lo que pasa. Necesitas consejos, y los que te dan no son siempre desinteresados. Procura no hacer algo de lo que luego tengas que arrepentirte.

—Tú vete a la cama —repitió Mick con suavidad. Ella agregó como si no le oyera:

—Confío en usted, Andy. Sólo usted puede abrirle los ojos. Norton no dijo nada. Dejó que el marajá le asiera del brazo.

—Vamos.

—¿En pijama y batín, Mick? —protestó.

—Mis amigos tienen derecho a vestir como se les antoje. Mick tiraba de él en dirección al extremo de la terraza.

Cedió.

Cuando se metieron entre los arcos volvió la cabeza y pudo ver aún a la muchacha en la zona de luz, ante su habitación, inmóvil, erguida, reteniendo al guepardo por el collar. Una figura excepcional, única y no sólo por su gracia y su belleza incomparables; excepcional por el efluvio femenino que emanaba de ella y que Norton sentía repercutir como una llamada vibrante en la última de las fibras de su ser.

Era esto.

Cada hombre reaccionaba ante determinado tipo de mujer, cuando no ante determinada mujer. No se llamaba a engaño: para muchos sería Yassima una hermosa muchacha, original, exótica, atractiva y nada más; para otros, ni siquiera atractiva. Una de tantas. ¿Por qué no? Pero para él era el fulminante, el detonador, el componente exacto que turbaba su equilibrio espiritual.

Ocurría a veces. Resultaba casi grotesco, empero, que ocurriera allí, en el extremo del mundo, y con aquella criatura infinitamente lejana a la que a partir del día siguiente nunca volvería a ver.

Mejor.

Norton sonrió para sí. Cuando una fuerza de aquella especie empujaba a un hombre hacia una mujer, la atracción se convertía en amor muy fácilmente. Luego pasaban cosas. ¡Cielos! El amor lo complicaba siempre todo. Uno podía permitirse cualquier aventura con cualquier mujer bajo una sola condición: que ella no tuviera medio de atarle, de dominarle; que uno conservara la libertad sin perder nunca la iniciativa. Pero si surgía el amor, adiós: uno estaba vendido, uno bailaba al compás de la música ajena y hacía el tonto como el perrito cuando le enseñan un terrón de azúcar.

Pasaban cosas.

—Suram Towek —dijo repentinamente Mick— era un agente a mí servicio. Le envié al muelle para que subiera a bordo del correo de Singapur apenas atracase, con órdenes de que se ocupara de ti. Respondía de tu vida con la suya; y vaya si respondió, ya lo creo.

Norton se detuvo.

Estaban en la galería interior del palacio, donde una amplia

escalera de mármol descendía a la planta baja. Tres pequeñas lámparas difundían una luz rojiza que apenas servía sino para acentuar las sombras en torno.

—Mick, ¿qué es lo que ocurre? ¿Tú sabías antes de mi llegada que alguien intentaría matarme?

—Temía que algo desagradable se produjera. Matarte u organizar a tu costa cualquier jaleo es el modo más rápido y directo de estropear mis planes desde el principio. —Mick suspiró y comenzó a bajar la escalera—. Me llegan constantemente rumores... Andy, deberías darte cuenta de que hablar de estas cosas contigo me revuelve el estómago. Tú perteneces a otro mundo. Es como pretender que se identifique con los padecimientos de un tísico el fulano que no ha estado resfriado en su vida.

—Yo he estado resfriado muchas veces, Mick; te agradeceré que no te andes por las ramas.

—¿Qué te ha contado Yassima?

—Que Rachamanda utilizará tus proyectos turísticos para volver contra ti la opinión pública, destronarte e implantar en Kalang su dictadura personal. Esto es, por lo menos, lo que ella teme.

—Se queda corta. Rachamanda es un fanático delirante, un loco furioso, más peligroso a medida que envejece. Querido Andy, en estos países, entre la gente de mi raza, matar a un hombre o a cincuenta no tiene más importancia que la del esfuerzo que a uno la va a costar o las complicaciones que puede ocasionarle. Matarme a mí, sería para Rachamanda muy molesto, matarte a ti, un extranjero, un pagano, no lo sería más que sacrificar una gallina para el caldo y en cambio llenaría indirectamente sus objetivos. Por ello envió uno de sus asesinos al barco. Towek, imprudente, se cruzó en su camino y recibió la puñalada él.

Habían llegado al vestíbulo de la planta baja.

—¿Y el criminal dejó el cuchillo en el cadáver? —preguntó Norton con asombro—. ¡Vamos, Mick! ¿Un arma tan valiosa y que señalaba sin asomo de duda la culpabilidad de Rachamanda?

—Es la costumbre. El *ignilk* o cuchillo de ceremonia existe precisamente para eso, Andy. Cuando el jefe de un clan acomete una empresa en la que están comprometidos su venganza, su honor familiar o su concepto de la justicia, el uso del *ignilk* es obligatorio. La muerte de un hombre en tales circunstancias no es una

vergüenza, sino un orgullo.

—¿Pero en Kalang no está castigado el asesinato?

—Depende de quién lo cometa.

—¿Y tu autoridad?

—Querido, lo que Rachamanda desea es desafiar mi autoridad.

—¿Una rebelión?

—Llámalo así.

—Mick, ¿tú sabías cuando me pediste que viniera que Rachamanda tomaría esa actitud? ¿Tú sabías que intentaría matarme?

—Podía preverlo, pero no lo sabía. Empecé a sospecharlo cuando robó sus *ignilks*; era una tácita declaración de guerra. Towek me comunicó que algo se preparaba contra ti, de modo que le envié al barco. —Mick, que caminaba delante de Norton, volvió la cabeza para sonreírle—. Fue una tontería. Esta noche has demostrado que te bastas para defenderte solo, en tanto que el imbécil de Towek fue al sacrificio como un cordero.

—¿Ese tipo era una especie de espía?

—Lo más parecido que en este país de caníbales se podría encontrar.

Habían salido a un patio lateral, donde en sendas garitas montaban guardia dos centinelas ataviados con los vistosos uniformes de la escolia del marajá. Había allí luces abundantes. Entre las dos garitas se abría una puerta enrejada.

Alguien dio una voz. Los centinelas se cuadraron.

Más allá de la puerta, en un ancho tramo de pasillo, el destacamento de la guardia había formado en fila a lo largo de la pared. El oficial se adelantó, saludó a Mick y pronunció unas palabras. Mick respondió con otras. El oficial dio una orden al soldado del extremo de la fila, y el soldado abandonó la formación para escoltar al marajá y a Norton. Éste no tardó en comprender que se encontraban en los calabozos del palacio.

Hallaron dos puestos de centinela antes del arranque de una escalera descendente. Abajo, en el subsuelo, había una amplia nave parecida a una bodega, y en ella se alzaban dos armatostes que el americano Contempló sin dar crédito a sus ojos. Uno, enhiesto sobre un tablado, era una horca; el otro era un potro de tormento, un auténtico potro medieval como Norton no los había visto sino en

algunos museos de horrores. ¡Y su apariencia era, no sólo de estar perfectamente conservado sino de ser objeto todavía de frecuente uso!

Mick caminaba impasible.

A ambos lados de la nave se alineaban celdas semejantes a jaulas, vacías todas. Al fondo había una recia puerta de madera.

El soldado abrió aquella puerta y saludó dejando el paso franco. Era increíble.

En la habitación sin ventanas, con las paredes de piedra desnuda y el suelo de tierra apisonada, yacían seis hombres. ¡Los seis habían sido decapitados! Sus cabezas aparecían esparcidas desordenadamente en medio de un mar de sangre ya coagulada. Las cabezas por allí, los cuerpos por allá, y en el centro un tocón que a todas luces el verdugo había utilizado como tajo.

Norton cerró los puños y se hincó las uñas en las palmas de las manos para convencerse de que no soñaba. A sus oídos llegó la voz culta y perezosa de Mick:

—Esto quería mostrarte, Andy. No tienes nada que temer. El escarmiento infundirá prudencia a Rachamanda y sus amigos.

Con un esfuerzo, él preguntó:

—¿Quiénes son estos hombres?

—La policía los ha pescado en una redada como consecuencia del asesinato de Towek. Todos ellos tenían antecedentes como agitadores, enemigos del trono cómplices de Rachamanda y herejes, todos ellos se encontraban esta tarde en el muelle o en sus alrededores.

CAPÍTULO V

El aire de la noche le sentó bien. Encendió un cigarrillo; manos firmes. Aspiró una profunda bocanada de humo.

Estaban en el patio. Las mazmorras y su macabro contenido habían quedado atrás; la guardia formada el saludo del oficial, el taconazo de los centinelas exteriores.

Un Mick distinto.

Norton le miró escrutadoramente. Su extraño vestido blanco, las faldas hasta los tobillos, el gorro de barman. Un Mick oriental, lejano y enigmático, absolutamente incomprensible. A otro hombre le hubiera creído loco; del soberano de un principado indomalayo no sabía qué pensar.

Porque lo absurdo, lo desquiciado, lo inadmisible, era que el marajá le había mostrado los seis cadáveres decapitados en la creencia de que verlos le persuadiría de que podía quedarse en Kalang. Y era ahora cuando había decidido marcharse. A toda costa. Era ahora cuando sabía que sólo se quedaría muerto.

Mick dijo apaciblemente:

—Así estamos, Andy. Devolveré multiplicado cada golpe de Rachamanda. No irá muy lejos por este camino. Incluso la mente de un caníbal conoce la prudencia. Habrá tranquilidad, te lo aseguro. Nadie se atreverá a pronunciar una palabra ni a mover un dedo contra mis planes. Es la prosperidad de Kalang, el esplendor, la fama. Esta noche ha nacido el Montecarlo de las Indias Orientales.

Norton no contestó.

Entraron en el palacio por donde habían salido.

—Mick —articuló el americano.

—¿Sí?

—¿Qué hará Rachamanda cuando sepa que esos hombres han

muerto? ¿Qué supones tú que hará?

—Eres inteligente, querido.

—¿A qué viene eso?

—Un vulgar estúpido me tomaría por loco, me tildaría de sanguinario, se asombraría de que para convencerle de que debe prestarme ayuda le muestre media docena de cuerpos sin cabeza. — Norton le miró con perplejidad; era más o menos aquello lo que él estaba pensando—. Pero tú eres inteligente y comprendes que un país oriental sólo puede gobernarse a la manera oriental; que aquí no rigen las mismas medidas que en América y Europa; que una sola cosa se respeta y admira en Oriente, sin jamás discutirla, y que esta cosa es la violencia, la fuerza... la vida humana no tiene entre nosotros otro valor que el utilitario. Tú lo comprendes, ¿verdad, Andy?

—Lo único que comprendo —replicó Norton— es que algunas de esas medidas a que te refieres rigen para toda la humanidad. No sé lo que te pasa, Mick. Puede que seas demasiado joven, o que no te hayas despojado más que a medias de la mentalidad de caníbal que tanto echas en cara a los otros. Lo que sí te digo es que mañana me marcharé de Kalang.

El marajá sonreía tristemente.

—No tengas miedo. Pondré un centinela en la puerta de tu cuarto y dos en la terraza.

—No me marcho por miedo.

—¡Ah, querido, qué difícil es tratar con vosotros, los americanos! ¿Tú crees que estoy en un error, que cometo una barbaridad, que deliro al proyectar un Kalang convertido en centro turístico de alta categoría mientras decapito a la gente en los sótanos de mi palacio? Permíteme un momento, Andy. —Mick alzó el borde del puño de su blanca guerrera para consultar el reloj—. Habrán llegado ya. Acompáñame.

—Mick, te ruego...

—Acompáñame.

Echaba a andar en dirección oblicua a través del vestíbulo. Norton le siguió de mala gana.

Un ala del palacio.

Todo semejó repentinamente cobrar vida. Voces. Personas. Una puerta, un recodo, y Norton se encontró en una antesala

brillantemente iluminada en la que había cerca de veinte hombres. La mitad eran militares. Cinco parecían personajes importantes; el resto, adláteres, subalternos, ayudantes y servidores. En el rostro de muchos se veían signos de sueño.

Un respetuoso silencio se hizo al entrar Mick. Los militares se cuadraron. Los paisanos saludaron inclinando con reverencia la cabeza.

Norton recordó: «Mis amigos tienen derecho a vestir como se les antoja». Pero se sintió irremisiblemente fuera del lugar con su batín y su pijama entre aquella profusión de uniformes y típicos atavíos malayos, algunos de ellos verdaderamente suntuosos. Cuando las cabezas se enderezaron, negros y recelosos ojos se posaron en él.

Mick atravesó en actitud aburrida la antesala. Un sirviente abrió una puerta, dejando ver lo que semejava un salón de juntas a estilo occidental, con una larga mesa de caoba rodeada de sillas de brazos.

—Pasa, Andy —dijo el marajá. Cerró la puerta cuando hubo entrado Norton—. Esos fantoches que has visto ahí fuera componen lo que se llama el Consejo Supremo, o sea, el equivalente entre caníbales de un Gobierno civilizado. Les he convocado en sesión de urgencia para resolver sobre las circunstancias, y los pobres, como has podido Comprobar, acuden aunque sea de madrugada apresurados como lebreles. Quiero que tú estés presente. Mis consejeros del Interior, de Guerra y de Justicia, esta tarde, antes de cenar, han deliberado conmigo sobre el problema de Rachamanda y el asesinato de Towek, y la decisión de ejecutar a los seis elementos capturados por la policía la hemos tomado de común acuerdo. Tengo empeño especial en que te convenzas, oyéndoles, de que no he cometido una barbaridad ni un error. Ellos conocen al pueblo de Kalang mejor que yo. Te dirán si mi proyecto de convertir el país en un centro turístico es o no una quimera.

—Yo te diré otra cosa, Mick.

—Espera a haberles escuchado.

—No. Antes me has calificado de inteligente. Bien, no se necesita serlo mucho para observar la desproporción entre los medios que empleas y el fin que te propones. Por ese capricho tonto del Montecarlo de las Indias Orientales no se mata a seis infelices cuyo único delito es haber tenido amistad con Racha —manda y

haberse encontrado cerca del muelle a la llegada del correo de Singapur, ello suponiendo que realmente se encontraran allí; no se ensucia uno de sangre, Mick, no se encanalla, no siembra el germen de una guerra fratricida.

Mick escuchaba con expresión triste y perpleja.

—Andy, querido, esas palabras...

—¡No, de ningún modo! —exclamó enérgicamente el americano—. ¡Basta ya! Tu condenado turismo tiene que ser una cortina de humo, de la cual forma parte mi inoportuna venida a Kalang; y yo no consiento que se me utilice para disimular cochinadas, no tolero que te burles de mí, ni tú ni nadie. ¡Maldición, Mick! Las tortuosidades de la política oriental no van conmigo.

—¡Pero si no hay tortuosidades!

—No me harás creer eso.

—¡Te lo juro, Andy!

—Entonces no me queda más remedio que admitir que eres un imbécil monstruoso, un peligro para tus semejantes, un desquiciado, un homicida sin sentido moral. ¡Tú, Rachamanda y cuantos os rodean! Compadezco sinceramente a tus súbditos, abandona —dos a merced de un puñado de orates. ¡Cielos! ¡Siete asesinatos en unas horas sólo porque unos deseáis y otros no, convertir Kalang en el paraíso del juego, el *strip-tease* y el champaña!

—¡Se trata de crear una enorme fuente de riqueza!

—¡Narices! No se crean fuentes de riqueza con vidas humanas. Mick suspiró quejumbrosamente.

—Es una pena que no nos entendamos, Andy. Una pena horrible.

—La pena horrible es que un débil mental como tú pueda sentarse en un trono. Y no discutamos más, por favor. Evítame el ridículo de exhibirme ante tu camarilla en pijama y batín. Me vuelvo a mí cuarto. Nos veremos mañana... si otro de los amigos de Rachamanda no me degüella mientras duermo.

—Andy...

Sonaron unos golpes en la puerta de la antesala. Mick calló.

Los golpes se repitieron. Respetuosos, pero firmes.

—Los caníbales del Consejo Supremo se impacientan —dijo Norton con sarcasmo. Dio unos pasos hacia la puerta—. Será mejor que decidas con ellos unos cuantos asesinatos más y me dejes en paz a mí. Buenas noches.

El marajá se le adelantó. Sin pereza ahora. Por un instante, debajo del ridículo gorrito de barman, sus ojos se habían convertido en coléricas brasas.

Fue él quien abrió la puerta.

Había al otro lado un militar de alta graduación, un hombre maduro, corpulento, de cabello gris, reluciente de galones y medallas. Antes de que Mick pronunciase una palabra saludó con un taconazo y rompió a hablar en malayo.

La cólera del marajá se aplacó, semejó evaporarse como una esencia volátil. Mick relajó la tensión de su cuerpo y se volvió a Norton con una mirada rara.

—Ven —dijo.

En la antesala reinaba el silencio, pero no era el mismo silencio de antes. La principal preocupación de los presentes no consistía ya en prestar acatamiento al soberano. Estaban todos pendientes de otra cosa, y una carga emocional, perceptible en el aire como un presagio de tormenta, había borrado cualquier vestigio de sueño de los rostros.

Las miradas convergían en una de las puertas laterales.

Mick caminaba hacia allí, con el militar prestándole escolta. Norton les siguió a unos metros de distancia.

La gente se apartó de la puerta.

Un despacho. Una pieza con archivos, dos mesas, una máquina de escribir, unas butacas.

Norton miró por encima del hombro del marajá.

¿Sorpresa? No del todo.

Delante de una de las butacas yacía boca arriba, ¿cómo se llamaba? Yassum Sibbe, el elegante secretario con aspecto de prestidigitador de espectáculo de variedades. Un prestidigitador luciéndose en el truco del cuchillo: de su pecho sobresalía un ignilk que ostentaba en el mango la esvástica de rubíes sobre fondo de nácar.

Estaba muerto.

—El tercer cuchillo —dijo Norton tranquilamente—. Espero tener la suerte de no ver en quién se clavan los otros dos.

El militar le lanzó una rápida mirada.

—¿Tercero? —preguntó en inglés.

—El primero despachó a Towek, el segundo ha estado a punto

de despacharme a mí.

—Norton mostró de nuevo el arma que ocultaba entre sus ropas. —Si no me han informado mal, los ignilks de Racha— manda son cinco. Quedan dos.

—General Dukkan —dijo Mick. El militar juntó los talones—. Haga pasar a los miembros del Consejo y al coronel Nagpura. ¿Quién ha descubierto esto?

—Ilham Bassak esperaba unas notas de Sibbe.

Como tardaba en dárselas ha abierto la puerta y le ha visto así. Yo estaba a su lado...

Norton preguntó:

—¿Cuándo le ha pedido las notas?

—Momentos después de llegar.

—¿Sibbe se hallaba en la antesala cuando han llegado ustedes?

—Sí.

Mick escuchaba enarcando las cejas. Declaró:

—Como secretario mío, Yassum Sibbe recibe y atiende a los miembros del Consejo siempre que éste se reúne aquí, lo cual no es frecuente que ocurra. Las reuniones ordinarias se celebran en el Palacio del Gobierno.

—Lo curioso —dijo el americano— es que al pobre tipo lo han liquidado a dos pasos de toda esta gente, sin más que una puerta de por medio. Le hubiera bastado con gritar al ver al asesino para que todos se precipitaran en su ayuda. —Señaló la ventana del despacho, que estaba abierta—. No le habrán dado ocasión. Un ataque por sorpresa, quizá arrojándole el cuchillo desde lejos. Maravilloso. Uno se pregunta si los centinelas que guardan el palacio tienen otra misión que la de lucir el uniforme.

—Bastante cuesta saber lucirlo —replicó tristemente el marajá—. General, creo recordar que le he pedido algo.

El militar tosió.

Los presentes en la antesala se habían congregado silenciosamente ante la puerta. Norton se apartó de ésta. Mick, que se había adentrado en el despacho, indiferente en absoluto a la dramática presencia del cadáver, miraba pensativo al americano mientras con gestos maquinales encendía un cigarrillo.

El general transmitió a media voz el deseo de su soberano. Uno tras otro entraron los personajes importantes: cuatro paisanos

suntuosamente ataviados a la manera indígena, otro militar de apariencia menos pomposa y el propio general Dukkan.

—Cierren la puerta —dijo Mick. Cuando fue obedecido añadió —: Les presente al señor Norton, a quien todos ustedes conocen sobradamente por referencias. Andy, aquí tienes al general Dukkan, consejero de Guerra; a Chahanda Mondam, consejero de Justicia; a Ilham Bassak, consejero del Interior. —Su tono aburrido, era el del cicerone de un museo describiendo por vigésima vez en el mismo día una colección que sabe de memoria—. A tu izquierda, el consejero de Hacienda, Ahmed Bandaramada, y el de Asuntos Exteriores, Hao Labuan. El coronel Nagpura es nuestro jefe de Policía.

Norton correspondió a los protocolarios saludos.

—Ha sido un placer, señores. Les ruego ahora que me disculpen...

—Espera, Andy.

—No.

—¡Por favor! Necesito hacer una pregunta, una sola, y quiero conocer también tu respuesta. —Señaló sin mirarlo el cadáver de Sibbe, horrendo con el cuchillo sobresaliendo de su pecho—. Los asesinos de Rachamanda acaban de actuar por tercera vez. La primera mataron a Suram Towek, pero iban detrás de mi amigo Norton; la segunda han intentado directamente matar al señor Norton y éste ha repelido el ataque. En ambas ocasiones su intención era clara. —La mirada distraída del marajá recorrió los rostros de sus consejeros—. Ahora, ¿por qué han matado a Yassum Sibbe? Esto es lo que deseo que me expliquen ustedes.

Hubo un instante de silencio.

—Alteza, yo no puedo explicarlo —dijo luego Ilham Bassak consejero del Interior—. A mi entender, Sibbe era un funcionario leal a Vuestra Alteza, pero insignificante como persona, en particular desde el punto de vista de Rachamanda. Sólo puedo interpretar su muerte como un alarde amenazador, una fanfarronada, un aviso de que el brazo de la rebelión llega a todas partes. En las presentes circunstancias, a punto de reunirse el Consejo Supremo para tratar de la situación, con el señor Norton aquí y vuestros planes a punto de obtener la aprobación general, mi hipótesis parece razonable.

Durante unos minutos asistió Norton a las deliberaciones provocadas por la declaración del dignatario. Estudió a Ilham Bassak con interés. Era, evidentemente, la personalidad más acusada del Consejo; un hombre alto y enjuto de profundos ojos, cara angulosa, gran nariz, recia mandíbula, inteligente, astuto, resuelto y apasionado. Su ropaje le daba cierto punto la apariencia de un senador de la Roma antigua.

Todos hablaban —en inglés, por deferencia al extranjero—, excepto Mick y el jefe de Policía. El coronel Nagpura, además de callar, era el único que prestaba al cadáver un poco de atención. En pie junto a él, los brazos en jarras, le dedicaba de vez en cuando una mirada ceñuda.

El marajá preguntó transcurrido algún tiempo:

—¿Qué dices tú, Andy?

—Prefiero reservarme mi opinión —replicó acremente Norton—. Exponiéndola podría herir los sentimientos patrióticos de estos señores. Pero sugiero que se invite al coronel a exponer la suya.

El jefe de Policía enderezó la cabeza.

—¿Y bien? —inquirió Mick.

Todos guardaban silencio ahora. Hubo un momento de pausa.

—Yo no soy quién para opinar —dijo el militar en mal inglés. Sus ojos se posaron en Norton con disgusto—. La muerte del señor Sibbe es un misterio...

—¡Vamos, coronel! Nueva pausa.

—El señor Sibbe estaba esta noche muy preocupado —declaró finalmente el jefe de Policía—. A mi llegada me dijo que necesitaba hablarme en secreto. Acordamos reunimos después de la celebración del Consejo, en su despacho, aquí. Es todo lo que sé sobre este asunto.

Mick se aproximó a él.

—¿Insinuó algo respecto al tema de que quería hablarle?

—No dijo una palabra, sobre eso, Alteza.

—Pero usted lo sospecha.

—Ni remotamente.

—¡Sea franco, coronel! Está usted siempre muy bien informado. Sibbe acudió al muelle con el teniente Bandagh poco después del asesinato de Towek. ¿Pudo haber observado algo importante, pero cuya significación no se le apareciera clara hasta esta noche?

—Sería sólo una suposición, Alteza. Pudo ser eso lo que le preocupaba, pudo ser una cosa distinta...

—¿Por ejemplo?

—Hoy he sabido —declaró el coronel con rostro impasible— que el señor Sibbe ha ingresado en su cuenta del London & Far

East Bank la suma de diez mil dólares americanos. Este ingreso hace el cuarto en el transcurso de poco más de un mes; los tres anteriores fueron de cinco mil dólares cada uno, lo que representa un total de veinticinco mil dólares. Son informes confidenciales, Alteza. Por ser el Banco una entidad británica es imposible una investigación oficial.

Mick se mordía los labios.

—¿De dónde procede ese dinero?

—Lo ignoro, Alteza. Los ingresos fueron hechos en efectivo.

—¿Quiere usted decir que Sibbe ha estado robándome?

—Desconozco el funcionamiento de la administración personal de Vuestra Alteza. No obstante, creo que la sustracción de una suma tan importante en un plazo tan breve habría sido notada. Mi impresión era que Vuestra Alteza tenía noticia de lo que estaba ocurriendo, puesto que Yassum Sibbe gozaba de su confianza, y no lo hubiera mencionado si el señor Sibbe continuara vivo; a no ser, claro está, que los ingresos en el

London & Far

East se hubiesen elevado a una cifra realmente sospechosa.

—Coronel, yo le pagó para que me lo mencione todo.

—Sí, Alteza.

—¿En qué negocio andaba metido Sibbe?

—En ninguno, según mis informes.

—¡Excelentes informes! ¿Con quién se relacionaba? ¿Ha habido algún contacto entre él y Rachamanda o alguien de su círculo?

—Ninguno, y las relaciones del señor Sibbe se limitaban a sus familiares y amigos de costumbre, más las que le imponían las obligaciones de su cargo. Investigué este punto, como medida de prudencia después del segundo ingreso. Por otra parte sabe Vuestra Alteza que, aparentemente, Rachamanda no ejerce otras actividades que las de su ministerio en el santuario de Porongo.

—Aparentemente, coronel.

—Me remito, Alteza, a lo que os habrán dicho vuestros propios agentes. No creo que los informes de Suram Towek, a quien tuvisteis destacado en Porongo, estén en contradicción con los míos.

—El mejor informe de Towek fue hacerse asesinar —replicó Mick con enojo—. Muy bien, coronel. Mañana a mediodía quiero un comunicado detallado sobre la conducta pasada de Yassura Sibbe y las causas que han provocado su muerte. No tiene usted alternativa. ¿Alguien desea añadir alguna cosa?

—Con el permiso de Vuestra Alteza —dijo suavemente Ilham Bassak— yo subrayaría que los procedimientos de Rachamanda están más allá del alcance del coronel Nagpura. A nuestra Policía no se le pueden pedir imposibles. No obstante, de lo que acabamos de oír se deduce que Sibbe fue sobornado por los rebeldes y que, a pesar del soborno, concibió la idea de desatarles, quizá persuadido por los recientes sucesos, quizá atemorizado ante su responsabilidad, y que nuestros enemigos le han impuesto silencio con un sentido de la oportunidad admirable. ¿Cómo han llegado hasta aquí? Son estas preguntas las que nos dan la medida del peligro en que nos hallamos; son sus respuestas lo que convendría investigar.

Norton pensó: «Caníbales». El consejero del Interior lo era todo menos un caníbal, dijera Mick lo que dijese. Su mente funcionaba como la de cualquier hombre civilizado.

Le preguntó de sopetón.

—¿Usted conoce el proyecto de hacer de Kalang el Montecarlo de las Indias Orientales?

Ilham Bassak acogió la inesperada interpelación con una sonrisa.

—Sí, naturalmente, señor Norton.

—¿Lo apoya?

—Con toda mi alma.

Mick estaba volviéndose al general Dukkan.

—General, me asalta un recuerdo... Usted era amigo, buen amigo, o acaso pariente de Yassum Sibbe. Corríjame si me equivoco.

Por un momento, los músculos del rostro en tensión, el adorno militar sostuvo la mirada de su soberano. Saltaba a la vista que la cuestión le había encontrado desprevenido y no sabía exactamente qué responder.

—Alteza...

—¿Si?

El ambiente se hizo incómodo.

—Mi familia y la de Yassum Sibbe están emparentadas. No es un secreto para nadie, Alteza.

—En tal caso, general, reciba mi más sentido pésame. —Un relámpago maligno pasó por los ojos melancólicos de Mick. Luego se encogió de hombros—. Coronel Nagpura, sirva usted para algo; ocúpese de que sea retirado el cadáver y cancelemos de una vez este fastidioso incidente. Señores, la tarea para la cual les he convocado no ha empezado todavía. La reunión del Consejo Supremo espera. Vamos allá.

El consejero de Hacienda abrió deferentemente la puerta.

Las conversaciones se habían reanudado en la antesala, donde había más gente y más excitación que antes; pero cesaron en seco cuando Mick apareció y emprendió el camino del salón de juntas.

Norton notó que le asían del brazo.

Era Ilham Bassak. Sonreía exhibiendo —en un país de dentaduras aniquiladas por la costumbre de mascar betel— unos magníficos y saludables dientes. Sus párpados entornados filtraban la astuta mirada de sus ojos.

—¿Cuándo podría hablar privadamente con usted? Sintió la tentación de contestar: «Nunca».

—Mañana.

—¿No esta noche?

—Estoy rendido de cansancio. —Norton mostró su atuendo con un ademán—. Me habría ido a la cama hace rato si Su Alteza no se hubiera empeñado en ilustrarme sobre las bestialidades a que gusta de entregarse en las mazmorras del sótano.

Los ojos del malayo dentellearon.

—Su Alteza es un soberano prudente. ¿Mañana a mediodía, señor Norton?

—Conforme. Es decir, si se trata de algo que merezca la pena.

—La merece. ¿A las doce en punto en mi despacho del Palacio del Gobierno? Allí estaremos a salvo de indiscreciones.

Norton asintió.

Correspondió a la inclinación de cabeza con que se despidió el consejero y permaneció inmóvil en el centro de la antesala mientras

la mayoría de los presentes iba entrando en el salón de juntas.

Se disponía a marcharse cuando le asaltó la peculiar sensación de que alguien le observaba. Alzó la vista. En la puerta del salón descubrió la llamativa figura del general Dukkan, cuya mirada estaba insistentemente fija en él. Un segundo después el militar le volvió la espalda y desapareció.

Norton abandonó la antesala.

No sin dificultad, tras haberse desorientado varias veces, localizó en el piso superior su habitación. Abrió con cautela la puerta, dispuesto a no sorprenderse de nada después de haber comprobado ante el cadáver de Yassum Sibbe que los asesinos de la esvástica de rubíes seguían operando a sus anchas en el palacio. No olvidaba que él había sido la primera víctima asignada a los mortíferos ignilks y que a pesar de ello continuaba vivo.

Las luces estaban encendidas como las dejó, y en la habitación no había nadie. Rápidamente examinó el cuarto de baño y todos los lugares donde un hombre hubiera podido ocultarse; precaución inútil, porque cualquiera podía en cualquier momento entrar desde la terraza.

Se preguntó cuándo colocaría Mick los centinelas de que había hablado y si lo haría en realidad, y si aquellos muñecos de vistoso uniforme representarían una verdadera protección o un simple adorno.

Suspiró resignado.

Comenzó a prepararse un *whisky* con los restos de hielo semifundido que quedaban en el recipiente. Comenzó nada más.

Se volvió de un salto cuando llegó a sus oídos un leve rumor. Sonrió con sorpresa.

Yassima.

La joven le miraba en silencio desde los arcos de la terraza. Luego echó a andar adentrándose en la habitación, una criatura de ensueño en su túnica verde pálido, en parte irreal, en parte palpitante de vida Norton sintió miedo sin saber por qué, y al propio tiempo un gozo interno, una exaltación vibrante que le arrebatava. Los felinos ojos de la muchacha estaban fijos en los suyos, sus apasionados labios se entreabrían, había una expresión inquietante en su rostro de exótica belleza.

Yassima llegó frente a él sin haber pronunciado una palabra, y

no se detuvo. Norton abrió los brazos. La tuvo inmediatamente contra su pecho, ella alzando el rostro, mirándole entre las largas pestañas, una diosa y una mujer, tibia, suave, perfumada como una rosa.

Creyó enloquecer.

Era el fulminante cuya súbita explosión arruinaba su equilibrio espiritual. La besó con fuego salvaje, con una sensación de desgarramiento, inundado de cegadora luz. Casi temblando por temor a que el espejismo se desvaneciera.

Y no.

Al separarse sus labios oprimió Yassima el rostro contra su pecho.

—Una mujer sabe siempre cuándo le gusta a un hombre —dijo sordamente. El hundía los dedos en su cabello con infinita ternura. Articuló:

—¿Por qué has hecho esto?

—Lo sabes.

—Quiero oírtelo decir.

—Tú deseas marcharte. —La muchacha se libró dulcemente de sus brazos—. Ha sido mi modo de pedirte que te quedes. —Le miraba ruborizado el rostro, agitada la respiración, centelleantes las enigmáticas pupilas—. Mi modo de pedirte con desesperación, Andy.

—Pero tú no comprendes...

—Comprendo demasiado bien. He dicho con desesperación.

—¡Yassima!

La joven había comenzado a retroceder hacia la terraza.

—Hasta mañana, querido.

—¡Yassima!

Unos pasos. Unos segundos. Norton se encontró de nuevo solo.

Sólo con aquella fiebre dentro, con aquel resplandor, con aquella vida desbordante que le embriagaba.

¡Tenía que haber ocurrido allí!

La sangre serpenteando sobre las tablas del camarote del buque, la horca y el potro en el sótano, los seis cadáveres decapitados en la mazmorra, el cuchillo con la esvástica de rubíes sobresaliendo como un apéndice monstruoso del pecho del secretario asesinado.

El beso alucinante de Yassima.

¡Allí!

Norton echó en el vaso el hielo semiderretido, echó *whisky* y se tendió sobre la cama para beber y fumar mirando al techo.

Viendo cosas que no estaban en el techo ni en ningún lugar del mundo.

CAPÍTULO VI

En camiseta,

O'Brien

parecía más blanco y más tofo que cuando vestía su uniforme de capitán. Tenía los brazos, los hombros y el pecho cubiertos de una pelusa de color rojo más intenso que el cabello y la barba.

—¿Quiere cerveza? —ofreció a Norton—. Está fresca. Si le apetece algo más fuerte, pídale.

El americano aceptó la cerveza. Desde la toldilla donde había encontrado al irlandés apoltronado en una silla, contemplaba el muelle, ahora tranquilo y casi desierto, achicharrándose bajo el sol de la mañana. Era aquello lo primero que había visto de Kalang, menos de veinticuatro horas antes. Se lo dijo

O'Brien.

—Como para desear no haber visto nada más —agregó.

—¿Eso significa que tendré el placer de llevarle conmigo hasta Dampur?

—¿Cuándo zarpa?

—Mañana por la tarde.

—No lo sé todavía —gruñó Norton. Mojó en la cerveza los labios—. ¡Cielos, capitán! No sé nada. Usted me dijo ayer que sí lo sabía. Le pregunté qué era lo que pasaba, y me dijo...

—¿Han ido mal las cosas?

—Siete hombres asesinados a mí alrededor, un intento fallido de asesinarme a mí, y sigo sin saber lo que ocurre. Lo que ocurre realmente,

O'Brien.

Si las explicaciones que me han dado son ciertas, en este país no viven más que locos. —El americano se frotó los párpados con el

dorso de la mano—. Usted comprende el malayo, probablemente lo habla. Entendió todo lo que dijeron los dos fantoches que el marajá envió en mi busca, después de que el teniente viera el fiambre en el camarote.

—Lo entendí. Por ello, cuando le he visto hace un momento subir por la pasarela, he supuesto que venía a reservar su pasaje. — O'Brien

rió—. Esos tipos dijeron que había usted salvado el pellejo por pura chamba y que podían ya empezar a prepararse para la guerra, que maldito el momento en que usted pisaba el país... Lo dijo el paisano. Notaría usted que se interrumpía a una señal del otro.

—¿No dijo más?

—No. Era bastante para adivinar que las perspectivas se le ponían feas, amigo mío.

¿Así que siete? Siete muertos. Feas de veras...

—Sin contar al que murió a bordo.

—Ocho. —El capitán no parecía muy interesado por los difuntos—. Pero usted me había anunciado durante el viaje que el divino Mick se proponía hacer de Kalang un rincón paradisíaco donde divertir a los turistas. No es, que digamos, un buen comienzo.

—Mick jamás hará eso.

—¿Por qué no?

—Se burla usted de mí,

O'Brien.

Conoce estos países. Habrá estado burlándose de mí desde que salimos de Singapur y yo le hablé por primera vez del motivo de mi viaje. Unas horas me han demostrado que Mick no tiene ideas; delira, que no es lo mismo.

—¿Está seguro? A mí me pareció una idea, y no mala.

Norton miró escrutadoramente al capitán. Le sorprendió comprobar que hablaba en serio.

—Lo es en teoría, sobre el papel. Pero tendría usted que ver de cerca lo que ocurre en Kalang, tendría que visitar las mazmorras del palacio de Purduk Hill, con su horca, su potro del tormento, su tajo del verdugo, sus cadáveres decapitados...

—Visité hace años el presidio de San Quintín, vi la cámara de gas y me mostraron las celdas de interrogatorio del Departamento de Policía de San Francisco. No eran ni siquiera pintorescos. Y sin

embargo California es un centro turístico importante.

—No huya por la tangente, capitán. ¿Conoce a un personaje llamado Rachamanda?

—Le he tenido como pasajero media docena de veces.

—¿Y qué?

—Es una especie de santón; un tipo tranquilo, de mirada profunda, meditabundo, sumamente agradable cuando se decide a conversar.

—Y muy desagradable en las restantes ocasiones, supongo. Fue él quien hizo apuñalar al hombre del camarote y quien por la noche lanzó contra mí a un asesino semidesnudo. El primer golpe estaba igualmente dirigido contra mi persona. Lo recibió por casualidad un esbirro de Mick a quien éste había enviado a bordo con orden de protegerme.

O'Brien

sacó una nueva botella de cerveza del cubo de hielo que tenía junto a la silla de lona. Hizo saltar el tapón metálico.

—¿Qué le pasa a Rachamanda con usted?

—Se opone a los proyectos turísticos de Mick y sustenta la teoría de que eliminándome a mí los desbaratará. Esto es por lo menos lo que me han contado.

El rostro del capitán había perdido su expresión jocosa.

—¿Le han dicho que pretende matarle a usted por ese motivo?

—Sí.

—No lo creo.

—Yo tampoco. ¡Ahí está,

O'Brien!

Existe una desproporción fantástica entre lo que ocurre en Kalang y lo que a uno le presentan como causa de ello. Desde mi llegada tengo la sensación de que se me hace participar en una farsa sin yo saberlo, de que soy juguete de unas fuerzas que actúan en la oscuridad, entre bastidores. Es indignante. Creía conocer a Mick: un zángano derrochador, afortunado con los caballos y las mujeres; me he encontrado, en cambio, con un sujeto sin sentido moral que, o bien se conduce como un perfecto imbécil, o bien es de una astucia y una habilidad para la intriga que va más allá de mi comprensión. Tiene que haber algo detrás de esa loca historia del Montecarlo de las Indias. Tiene que haberlo. Por muy distinta que sea de la nuestra

la mentalidad de estas gentes, capitán, semejantes barbaridades no pueden ocurrírseles si están en su sano juicio.

—Le han desconcertado, según veo.

—¡Cómo no! ¡Dan la impresión de un grupo de huéspedes de un manicomio peleando a muerte, la muerte,

O'Brien!,

por un puñado de caramelos. Y esta impresión ha de ser forzosamente falsa.

O'Brien

bebía botella en ristre.

—¿Ha venido a visitarme con la esperanza de que yo aclare sus dudas? —preguntó después.

—En parte por eso, y en parte por el placer de ver a un hombre civilizado. —Norton tamborileaba nerviosamente con los dedos sobre la baranda de la toldilla—. No he dormido en toda la noche. Mi habitación comunica con una de las terrazas del palacio y no hay puertas que cerrar, nada que le aíse y le proteja a uno. Anoche entró por allí un asesino y podían libremente haber entrado cien. Mick prometió colocar centinelas y no lo hizo, aunque maldita la defensa que representan los mamarrachos de su guardia. He pasado la noche bebiendo y fumando hasta estropearme la garganta. ¡Condenación! ¿Se da usted cuenta? Después del desayuno he salido disparado, he bajado a la ciudad, he venido al muelle. Estas cosas no son para mí. Luché con la Infantería de Marina en Corea y me harté de sangre, muerte, violencia y peligros para toda la vida. Ahora se acabó. —El americano consultó su reloj—. A mediodía tengo una cita con Ilham Bassak, consejero del Interior, en su despacho del Palacio del Gobierno. Si la entrevista no me saca del atolladero estoy perdido.

El capitán reflexionaba. Había escuchado con afectuosa simpatía.

—Norton, debe usted sosegar —dijo—. Es evidente que no puede continuar así. Por mi parte, no me es posible hacer en su ayuda más que dos cosas. Una, asegurarle que las gentes de Kalang no son los huéspedes de un manicomio y no pelearían por un puñado de caramelos; no, no, rotundamente no. En cuanto a lo que hay detrás del cuento del turismo, no lo sé, no dispongo del menor indicio. —

O'Brien

disimuló un eructo y se restregó maquinalmente el prominente estómago—. La segunda cosa es aconsejarle que abandone desde ahora mismo el palacio y se instale a bordo. Ordenaré que traigan su equipaje. Déjese de entrevistas con quien sea, métase en un camarote, ciérrase con llave, duerma, coma y beba a gusto. No se mueva de aquí hasta que hayamos zarpado. Considere que cuanto ha pasado desde que atracamos ha sido un mal sueño.

Norton pensó: «Con desesperación, Andy». El recuerdo de las palabras le llegó como una música. Sintió una cosa rara dentro de sí.

—No podré —murmuró.

El marino le miró con sorpresa.

—¿No podrá? ¿Qué se lo impide?

—Me tomará usted por tonto... Una mujer. Una muchacha.

—¡San Patricio nos guarde! ¿Qué dice?

—Yassima, la hermana del marajá. Ignoro los motivos que la impulsan, pero quiere a toda costa que me quede.

—¡Los motivos! Pues los mismos que impulsan a su hermano y a quienes le han metido a usted en el embrollo. ¡Conozco a esa mocosa! Una gacela salvaje con un cerebro como el de Einstein. Lo que faltaba, Norton: cuando fallan los demás argumentos intervienen los encantos femeninos. Realmente es un enigma apasionante la razón por la cual le han hecho a usted venir a Kalang...

—Creo que se equivoca,

O'Brien.

Ella quiere que me quede para disuadir a Mick de su idea.

—Será eso lo que ha dicho. Para disuadir a Mick le basta a usted con marcharse.

—Hay algo más. Yassima tiene miedo de algo...

—Bien, amigo, usted sabrá. Pero la luz del día debería mostrarle con claridad las cosas. He llevado como pasajera a esa chica año tras año, la he visto crecer y transformarse. No es una persona insignificante, sino alguien a quien hay que tener muy en cuenta. Un carácter. Una criatura capaz de valerse de su belleza para conseguir cualquier propósito.

Norton sacudía la cabeza.

—Ríase,

O'Brien.

En el fondo no me importa.

El capitán no parecía ni remotamente deseoso de reír.

—Me preocupa usted —dijo—. Es ahora cuando de veras me preocupa. Esto acabará mal. Lo presiento.

—También yo.

—¿Entonces?

El americano permaneció unos momentos silencioso, perdida la mirada en el vacío.

—No me es posible tomar aún una decisión. Trataré de descubrir la verdad antes de mañana por la tarde, y entonces, si todo se ha aclarado, resolveré si me marchó o me quedo. ¿A qué hora calcula usted zarpar?

—No antes de las seis. Considere las seis como hora tope. ¿Pero qué hará si no ha aclarado todavía nada?

Norton se encogió de hombros.

—No lo sé. —Tomó la botella que

O'Brien

le había entregado al llegar y apuró el resto de su contenido—. Soy un caso perdido, capitán. Jamás me había visto en situación parecida. El caos. Y crea que me avergüenza confesar, después de lo zarandeado que he sido, después de años de correr mundo y tropezarme a cada paso con mujeres sensacionales, que la culpa la tiene una chiquilla semisalvaje a la que he conocido hace sólo unas horas. —Dejó la botella—. Deséeme suerte, por favor.

—Merecería que le enviase al diablo —gruñó

O'Brien

—. Pero ¿qué remedio?, se la deseo...

Contempló enfurruñado cómo el americano abandonaba la toldilla y por la pasarela de la motonave descendía a tierra. Desde el muelle, Norton le saludó con la mano, guiñando los ojos bajo la cruda luz del sol. Luego se volvió y desapareció entre los tinglados a cuya sombra dormitaba el habitual pelotón de malayos ociosos.

Detrás de los tinglados había un espacio libre de suelo polvoriento, un pequeño Sahara sin oasis, en el cual los intensos olores de las mercancías tropicales, del estiércol y de las materias en descomposición semejaba haberse remansado. Más allá se

extendía transversalmente una hilera de chozas.

Norton alcanzó las chozas.

Un «Austin» negro de modelo muy antiguo se hallaba estacionado a corta distancia. Un hombre, agachado, examinaba una de sus ruedas traseras. Otro hombre asistía al examen apoyado con aire soñoliento en la pared de la choza que formaba esquina.

Este hombre dijo cuándo el americano pasaba frente a él:

—No siga, señor Norton.

Era un desconocido, uno de tantos malayos enjutos, vestidos de blanco, de ojos inexpresivos y burdas facciones.

Norton le miró con sorpresa.

—¿Cómo?

—Va usted a acompañarnos. —Hablaban un inglés portuario, de acento perezoso—. El coche está a su disposición.

El otro individuo había dejado de examinar la rueda y se ponía en pie. En su mano derecha había un objeto negro, una herramienta, algo.

Una pistola.

Norton miró eh derredor. Ante una de las chozas una vieja reparaba un cesto, más lejos jugaban unos cuantos chiquillos desnudos; únicos seres vivientes en las cercanías.

Del hombre que le había interpelado hubiera podido deshacerse con facilidad, pero el de la pistola estaba demasiado apartado para usar contra él alguna no de los trucos del close-combat^[4] y lo bastante próximo como para que su arma no fallara el tiro.

Podía, de todos modos, arriesgarse.

¿Valía la pena?

—¿Acompañarles a dónde? —preguntó.

—No se preocupe, ya lo verá.

Salvo por la pistola, la actitud de los dos hombres no era hostil. En un lugar como Kalang le habrían matado ya si era esto lo que se proponían. Impunemente. La técnica del «paseo» solo representaba allí una dilación innecesaria.

Norton esbozó una sonrisa.

—Está bien.

Reemprendió la marcha y precedió al malayo en dirección al «Austin». Dedicó su atención al otro hombre, a quien cada paso le aproximaba más y más. Quería ver si se apartaba, si se retiraba, qué

era lo que hacía. Caminaba con aire inocente y confianzudo.

El hombre no hizo nada. No se movió.

Cuando llegó a su altura entró Norton en acción con la rapidez del rayo. Pasó de la disimulada expectativa al ataque como la víbora que uno creería dormida dispara su cabeza. Un salto, un golpe seco, las manos hábilmente dirigidas. La pistola semejó emprender el vuelo desde los dedos del sorprendido malayo. Norton la cazó en el aire y de otro salto se situó más allá.

El individuo que le había interpelado reaccionó con un grito, hurgó entre sus ropas y sacó un puñal. Acometió furiosamente.

Norton le esquivó.

—¡Suelta ese cuchillo! ¡Suéltalo o disparo! El hombre se detuvo. Jadeaba de rabia.

—Tú has querido...

—¡Suéltalo! ¡Pronto!

El malayo miró a su compañero. Éste, como avergonzado de haber perdido tan estúpidamente la pistola, permanecía inmóvil en espera de lo que pudiera ocurrir. La mirada le dejó indiferente.

El cuchillo cayó a tierra.

Era un vulgar kris de mango de bambú, no una joya con esvásticas incrustadas.

—De cara a la pared —ordenó Norton—. Apoyad en ella las manos.

El hombre del puñal habló en malayo, sin duda traduciendo las palabras, y él y su compañero obedecieron. En aquella posición los cacheó el americano para asegurarse de que no había otras armas ocultas en sus ropas.

Luego recogió el cuchillo.

—Vamos ahora al lugar a donde queráis conducirme. En marcha.

Nueva traducción, tras de la cual los dos indígenas se apartaron de la pared y se miraron perplejos.

—¿No habéis oídos?

Ambos, indecisos aún, se dirigieron al coche. El que hablaba inglés se instaló ante el volante; el otro abrió la portezuela trasera para, con una reverencia, invitar a Norton a montar, y cuando éste lo hubo hecho cerró y fue a sentarse junto a su camarada.

Los chiquillos habían interrumpido sus juegos para mirar en

aquella dirección. La vieja continuaba absorta en su trabajo.

El «Austin» partió con un carraspeo del viejo motor. Nadie dijo nada.

Paralelamente al río, rodeó el automóvil la ciudad sin entrar en el casco urbano. Torció hacia las colinas por una vía empedrada flanqueada de enormes árboles entre los cuales aparecían de trecho en trecho grupos de chozas edificadas con una heterogénea mezcla de bambúes, tablones, bidones y planchas, entre las cuales retozaban niños, cabras, gallinas y perros.

Baches.

Un camino polvoriento con profundos surcos. La ciudad quedó atrás.

El camino, tras una curva, se internó en un valle de frondosa vegetación. Norton vio el reflejo del sol en las aguas de un río, y poco después, súbitamente, la vegetación se abrió para mostrarle una pequeña planicie en cuyo extremo se alzaba un caserón de piedra de extraña y barroca arquitectura. A cierta distancia del edificio, en la misma ribera del río, dibujaba su cónica silueta un monumento que a juzgar por cómo los elementos lo habían devastado debió de ser erigido en tiempos remotos.

—¿Qué es esto? —inquirió el americano. La respuesta fue reveladora:

—Porongo.

Aquel nombre había sido mencionado la noche anterior en el despacho donde yacía apuñalado Yassum Sibbe. En el santuario de Porongo era donde ejercía su ministerio el misterioso y temido Rachamanda.

CAPÍTULO VII

Una galería, especie de claustro abierto por el lado del río. Celdas.

No se veía a nadie. Se hubiera dicho que el lugar estaba abandonado, muerto, de no ser por un lejano coro de voces, casi inaudible, que entonaba una exótica melodía y aumentaba con sus arpeggios fantasmales la impresión de irrealidad que el ambiente dejaba en el ánimo. La cruda luz del sol, por un fenómeno inexplicable, parecía más pálida allí. Se respiraba, sobre todo, una infinita paz, una calma serena que se infiltraba sutilmente en el espíritu.

Una infinita paz.

Los pies descalzos de los dos malayos se arrastraban sin ruido sobre las losas de la galería. Se detuvieron por fin en el extremo de éste, y en aquel momento llegó al olfato de Norton un aroma penetrante, parecido al del incienso, pero menos dulzón, con matices que recordaban la nuez moscada.

Estaban ante la puerta de la última celda.

Uno de los indígenas llamó suavemente con los nudillos, y aunque no hubo respuesta audible movió el tosco baldón y la abrió. En seguida se hizo a un lado para que Norton pasara. El y su compañero se postraron en una respetuosa reverencia.

Norton traspuso el umbral. Humo. Muy tenue.

Dos pebeteros despedían a ras de suelo el humo cuyo perfume impregnaba el aire. Entre los dos, sobre una estera rectangular, se hallaba sentado un hombre, el primero que Norton veía en el monasterio desde que el «Austin» se había detenido al pie del acceso a la galería. La celda era una simple habitación cuadrangular, con vigas de madera en el techo, absolutamente desnuda de muebles, las paredes de tosca piedra, pero la mera

presencia de aquel hombre la convertía a la vez en un templo y un palacio.

Norton le contempló con admiración. No podía calcularse su edad. Tenía el largo cabello y la barba intensamente negros, pulcros, cuidados, lustrosos. En su rostro moreno, ascético e inteligente, destacaban como focos de luz dos ojos enormes, clarísimos, de límpida mirada, cuya ardiente intensidad sobrecogía. El hombre vestía una túnica de blancura impecable. Estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos en el regazo, completamente inmóvil, sereno, altivo, remoto, un ente sobrehumano, una figura de impresionante majestad situada más allá del bien y del mal, de la vida y de la muerte.

Súbitamente vibró el bordón de su voz:

—Pase, señor Norton. Estaba esperándole.

El americano no pudo contener un estremecimiento.

—¿Es usted Rachamanda?

—Yo soy. Siéntese. No le ofrezco muchas comodidades.

Los dos malayos cerraron desde el exterior la puerta de la celda. Norton tuvo la angustiosa sensación de que cerraban la de un sepulcro.

Avanzó unos pasos.

—Esto es suyo —dijo. Sacó el kris y la pistola y los dejó caer desdeñosamente al suelo, uno tras otro—. Lamento no poder devolverle también el ignilk que su esbirro olvidó anoche en mi habitación. Lo guardaré como recuerdo.

Rachamanda le miró imperturbable.

—¿Por qué dice que esos objetos son míos?

—Son las armas con que sus emisarios pretendían obligarme a venir aquí. He venido voluntariamente, entérese.

Las manos del hombre se alzaron. Batió palmas.

Fue abierta la puerta, y los malayos aparecieron doblando el espinazo. A una orden de Rachamanda recogieron apresuradamente el cuchillo y la pistola, saludaron de nuevo y volvieron a salir.

—Siéntese, por favor, señor Norton.

—No, gracias. Me defenderé mejor de pie si alguien intenta apuñalarme.

—Nadie intentará tal cosa.

—No estoy seguro. Usted parece haber renunciado al asesinato

en favor de la negociación directa, pero puede mudar de opinión en cualquier momento. Empiezo a conocer a los habitantes de Kalang.

Rachamanda guardó un instante de silencio. En su rostro hierático centelleaban como joyas las penetrantes pupilas.

—Dice usted, señor Norton, que ha venido a mí encuentro voluntariamente. Se lo agradezco, pero me agradecería conocer la razón que le ha impulsado.

Norton sostuvo su mirada.

—Trato de hallar la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que se oculta tras de lo que está ocurriendo en este país.

—Me sorprende usted. En este país se ha planteado un grave conflicto entre los elementos retrógrados apegados a la tradición, enemigos del progreso en todos los órdenes, y los hombres de ideas modernas y espíritu constructivo. Su alteza el príncipe Yahandrapan Haidam, después de correr mundo y estudiar la economía de las naciones más avanzadas, ha concebido el proyecto de abrir Kalang al turismo para convertir en fuentes de riqueza nuestra situación y nuestras bellezas naturales. En oposición a él, yo he alzado la bandera de la rebeldía, y con objeto de sustraerme al juramento que presté a su padre he hecho robar del salón azul de palacio...

—Está bien —interrumpió el americano secamente—. Me han contado ya demasiadas veces esa historia.

—¿Insinúa que no es cierta?

—No lo es.

—Pero acaba de acusarme de haber intentado matarle. El asesinato del técnico extranjero en cuestiones de turismo que su alteza ha traído a Kalang sería la chispa que...

—No —atajó nuevamente Norton—. No estoy dispuesto a creer que haya usted planeado mi asesinato como medio de atajar los proyectos del marajá, ni tampoco que usted y él desencadenen una guerra civil que sería la ruina de ambos y del país entero sólo porque a unos les guste y a otros no que vengan unos cuantos zánganos a jugar al polo y beber champaña.

—¿Usted no cree eso?

—No.

—¿Ha acudido a mí porque sospecha que ese conflicto, que a usted se le antoja estúpido, disimula otro de mayor gravedad?

—Hubiera acudido adonde me llevaran. Puesto que me han traído junto a usted, es a usted a quien preguntado lo que ocurre y por qué motivo desea mi muerte.

La tensión que mantenía enhiesto el cuerpo de Rachamanda se relajó un poco. Los párpados ocultaron sus pupilas.

—Yo no deseo su muerte, señor Norton —dijo con sosiego—. Yo no he enviado a ningún asesino contra usted. Mi fe religiosa me prohíbe el derramamiento de sangre y la violencia física. Es más, yo no he robado ni tengo en mi poder los ignilks que en otro tiempo ofrendé al padre del joven Yahandrapan. Sigo considerando a mí soberano como jefe y cabeza de mi familia y dueño absoluto de mi persona, y muy gustoso daría la vida por él.

Las palabras habían resonado una a una en el místico ámbito de la celda. Cuando cesaron, los párpados de Rachamanda se volvieron a alzar. Los ojos del santón despedían llamas.

—No comprendo —articuló Norton.

—Está bien claro. Cuando he ordenado que le trajeran a usted aquí temía haber de esforzarme lo indecible para persuadirlo de que es falso cuanto le han contado respecto a mí y acerca de mi oposición a los planes de Yahandrapan. Me ha dado usted la sorpresa de afirmar que no cree en ello.

—¿Y qué?

—Esta entrevista, señor Norton, es producto de la casualidad. Usted ha madrugado mucho esta mañana y ha salido de palacio antes de que su alteza y sus colaboradores, que se retiraron al amanecer, le hayan asignado la escolta prevista; de lo contrario no hubieran logrado mis emisarios encontrarle solo. Al saber lo que ocurría he aprovechado la ocasión, quizá la única. Usted y yo nunca hubiéramos hablado, y que lo hagamos, créame, es imprescindible.

Norton apartó la vista de aquellos luminosos ojos. Sentía la fuerza que emanaba de la voz y la presencia de Rachamanda, y por un momento temió caer bajo el influjo de su sugestión hipnótica.

—¿Debo entender que el marajá ha estado engañándose?

—¡Oh, no! Yahandrapan le ha dicho lo que él cree cierto. Pero esto no puede continuar. Ayer, como usted no ignora, se cometieron ocho asesinatos. Murió Suram Towek, un hombre fiel a su alteza que se hallaba sin duda a punto de saber demasiado; murió Yassum Sibbe, un infortunado ambicioso que no se atrevió a afrontar las

consecuencias de su traición; murieron, sobre todo, seis infelices sin culpa, seis hombres monstruosamente decapitados cuyas viudas e hijos clamarán venganza. De haber añadido a la suma la muerte de usted, el maligno poder que mueve los hilos de esta tragedia hubiera completado sus criminales propósitos. Matarle a usted debió de ser la idea inicial, pero para su tranquilidad le digo que, de la manera como se desarrollaron los acontecimientos, es probable que asesinarle no sea ya necesario.

Norton se humedeció los labios con la lengua.

—Esos seis hombres...

—Esos seis hombres eran pacíficos peones cuyo delito consistía en haber trabajado en las plantaciones de caucho que mi familia posee.

—Yo vi sus cadáveres. —La voz del americano temblaba de ira—. El marajá, ese fante idiota, ese cretino, ese loco ordenó que los decapitaran. Usted debe de...

—Yo no le guardo rencor —declaró Rachamanda mansamente—. No le culpo a él. Y le suplico, señor Norton, que domine su cólera. La persona que instigó esos asesinatos buscaba precisamente provocar reacciones como la de usted. Lo ha conseguido, por desdicha, y lo conseguirá. Recuerde que dos de mis ignilks no han aparecido aún. O mucho me equivoco, o la situación está ya casi madura para que uno de ellos termine con la vida del propio Yahandrapan.

—¿Quién es esa persona?

—No lo sé.

—¿Qué sabe usted entonces?

—Que existe una peligrosa maquinación, la cual, hasta ahora, camina con paso firme hacia el triunfo.

Los dos poderes supremos de Kalang, tanto materiales como espirituales, somos su alteza y yo. Un tercer poder ha surgido en la sombra y ha maniobrado con diabólica habilidad para que el marajá y yo, con nuestros respectivos partidarios, nos destrocemos mutuamente, logrando lo cual se alzaré victorioso sobre nuestros despojos y tendrá el país en sus manos. Los fantasiosos planes de Yahandrapan le han servido de pretexto. El robo de mis ignilks me ha colocado en la equívoca posición deseaba. El resto no son sino golpes calculados para desatar el odio de su alteza contra mí o el

mío y el de mis seguidores contra el marajá. La persona que los descarga sabe perfectamente que por sí misma no es lo bastante fuerte como para enfrentarse, no ya contra nosotros dos, sino contra cada uno de nosotros por separado. Si conociera usted bien nuestras costumbres se daría cuenta de hasta qué punto ha sido todo calculado para causar el mayor daño posible.

—Lo imagino —murmuró Norton.

—No, no puede imaginarlo. Nuestras creencias religiosas juegan un importante papel. Nunca, por ejemplo, el más loco e irresponsable de mis partidarios osaría rebelarse contra el marajá, puesto que su fe y las tradiciones a que rinde culto hacen precisamente que considere esta rebelión un sacrilegio. Para lograrlo es preciso rebajar la figura de su alteza, propalar rumores y maledicencias, insistir machaconamente en que sus planes, modernistas son ideas paganas, obligarle a cometer sangrientas injusticias, hasta que salte a la vista que es indigno de respeto y devoción porque él mismo ha mancillado su divinidad. Otro tanto ocurre con respecto a mí. Yahandrapan nunca se atreverá a atacarme abierta —mente, a no ser que crea que he traicionado mi juramento de subordinación y asesinado o intentado asesinar a su amigo extranjero... Todo esto se ha consumado, señor Norton. Hoy hervirán las pasiones en Kalang. Difícilmente podré impedir que mi gente se lance contra el marajá y que este tome represalias. Y si, como temo, uno de mis ignilks se clava en su pecho, nuestros partidarios se aniquilarán hasta el último hombre.

—¿Por qué no ha hablado a Yahandrapan como me había a mí?
—exclamó el americano.

—¿Por qué Yahandrapan no me ha escuchado, señor Norton?

—Le escuchará.

—Desengáñese. Yo encarno a sus ojos las fuerzas negativas del país, el atraso, la superstición, el feudalismo, el hambre. No me ha escuchado nunca. Si le jurase que apruebo sus planes de convertir Kalang en un centro turístico se echaría a reír en mis barbas y se preguntaría por dónde pienso atacarle con mi nueva traición. Es completamente inútil. Dudo que lograra persuadirle ni siquiera con pruebas, y no tengo una sola. —Rachamanda hizo una breve pausa. Luego añadió inclinándose ligeramente hacia adelante, fija la mirada en el rostro de Norton—: Mi opinión es que en los

momentos presentes no puede convencerle nadie más que usted: un hombre culto, a quien él considera civilizado, a quien admira y que procede del mundo donde se siente a sus anchas. Ésta es la razón de que a toda costa haya procurado yo esta entrevista.

Norton no dijo nada. Nuevamente rehuyó las sobrecogedoras pupilas del santón.

Cabizbajo, dio unos pasos por la celda.

Las ideas bullían en su mente.

¡Caníbales!

¿Cómo podía Mick ser tan ciego?

—Temo que tampoco yo le convenceré, Racha —manda.

—Debe intentarlo.

—Lo intentaré, claro está que sí. Pero Yahandrapan y yo prácticamente nos enemistamos anoche. Su admiración por mí parece depender del entusiasmo con que yo apruebe sus planes y los métodos de que se vale para llevarlos a la práctica. Lo mismo que en el caso de usted, necesitaré apoyar mis argumentos con alguna prueba de que alguien conspira contra el trono; y si usted no la ha encontrado, ¿cómo voy a hacerlo yo?

—Lo ignoro. Pero es usted mi última esperanza.

Norton dio un paso más y se detuvo. Enderezó la cabeza.

—¿Podría ayudarnos Yassima?

—No puede ayudarnos —replicó Rachamanda, con sereno fatalismo—. Es cuestión de horas, amigo mío. Estamos perdidos si no conjuramos el peligro inmediatamente.

—Sin embargo, la persona que buscamos debe encontrarse en el círculo de los colaboradores más directos de Yahandrapan. Es alguien que influye en sus decisiones, alguien que dispone de dinero... Yassima sabe de todo esto mucho más que yo.

—¿Alguien que dispone de dinero? ¿En qué sentido dice usted eso, señor Norton? ¿A cuánto dinero se refiere?

Las preguntas habían sido hechas con una vehemencia impropia de Rachamanda. El americano escrutó su rostro.

—En el espacio de poco más de un mes le han pagado a Yassum Sibbe veinticinco mil dólares en efectivo: tres entregas de cinco mil dólares y una de diez mil. A pesar de su situación próxima al marajá, no parece que Sibbe fuera un personaje importante. Quien le sobornó está bien provisto de dinero, o de lo contrario no hubiera

entregado esa suma a un hombre al cual tuvo que matar muy pronto.

La mirada del santón se había vuelto pensativa.

—Una noticia desconcertante, que yo ignoraba. ¿Veinticinco mil dólares en efectivo, o sea, en billetes americanos?

—Eso dijo anoche el coronel Nagpura.

—Señor Norton, Kalang es un país pobre, donde no hay más que un hombre verdaderamente rico: nuestro marajá; los demás considerados como tales lo somos en comparación con la miseria general. Veinticinco mil dólares son aquí mucho, muchísimo dinero para comprar la traición de un funcionario. Con excepción de Yahandrapan, cualquiera de las personas que acuden a mí mente se vería en apuros para desprenderse de esa suma en el plazo de un mes.

—Pero los miembros del Consejo Supremo tienen sin duda medios a su alcance.

—Muy limitados, señor Norton, y sujetos a cortapisas administrativas.

—¿También el consejero de Hacienda?

—También. Sé lo que digo. No afirmo que no puedan sustraerse los fondos, pero sí que el riesgo es desproporcionadamente grande.

—¡No intentará demostrar que Sibbe le sobornaba el propio marajá! ¡Sería absurdo!

—Sí, lo sería —murmuró Rachamanda. Hubo un silencio.

Norton se aproximó a la ventana enrejada que en la pared lateral de la celda se abría hacia la perspectiva del valle.

—Años atrás —dijo desde allí—, un muchacho amigo mío se empeñó en estudiar Medicina. Sentía gran vocación, y sin embargo tuvo que abandonar la carrera por una curiosa falta de aptitud. Invariablemente, cada vez que examinaba a un enfermo, descubría en él síntomas extraordinarios: inexplicables manchas en la córnea de los ojos, misteriosas alteraciones del pulso, sutiles hematomas en la planta del pie; en cambio, le pasaba inadvertido el bulto del tamaño de un melón que el paciente tenía en medio del abdomen y que era un tumor que en dos días le llevaba a la tumba. Creo, Rachamanda, que algo parecido me ha estado ocurriendo a mí.

El malayo escuchaba con atención.

—Explíquese.

—Los veinticinco mil dólares de Sibbe pueden haber venido del extranjero y ser parte de una suma mucho mayor, destinada a subvencionar la revolución en Kalang.

—Siga, señor Norton.

—En otras palabras, aquí no se ha producido un pequeño conflicto local, no existe una lucha de intereses por el dominio de un país pobre y atrasado. El culpable de lo que sucede no actúa por ambición personal. La muerte o el destronamiento de Yahandrapan y la aniquilación de usted dejarán a Kalang sin autoridad política ni religiosa, sumido en la confusión y el desorden. El hombre que entonces se adueñe del poder gozará de plena libertad para instaurar un orden nuevo. Piense en ello, Rachamanda. Yo he cometido el error de considerar a Kalang un lugar aislado, remoto, olvidado, situado un poco por encima del espacio y del tiempo. No es así. Kalang está en el mundo y en nuestra época, es un país entre países y ocupa en el mapa una estratégica posición. Puede convertirse en la llave de la Península Malaya: no fue casualidad que los ingleses lo eligieran durante la guerra para instalar la base de sus comandos. ¿Una revolución? ¿Una intriga para desbancarles a usted y al marajá? Muy bien. Todas las intrigas y todas las revoluciones que se producen en las Indias Orientales tienen ahora el mismo origen. Las maniobras personales para dar un golpe de Estado y erigirse en tirano de un reino minúsculo han pasado ya a la historia.

—Comprendo. Comprendo lo que quiere decir.

—Yassima me lo insinuó anoche —agregó Norton con calor—. Me habló de cómo ha despertado Asia, de cómo la influencia de China ha sucedido a la del Japón; se refirió a las fuerzas latentes que esperan en Kalang la ocasión propicia para manifestarse y derribar la estructura política del país. No aludía con ello a las ambiciones de un hombre solo...

—La influencia de China —dijo Rachamanda—. Un abismo que se abre a nuestros pies y va aislando poco a poco estos países del mundo occidental, desgajándolos, absorbiéndolos. Tiene usted razón, señor Norton. En diversos momentos la Península ha sido un hervidero de guerrilleros, a los cuales, sin embargo, se ha podido bloquear y dominar. Con una base en Kalang, apoyados desde el

extremo opuesto por la República de Indonesia, dominarlos sería ya imposible. Los veinticinco mil dólares que cobró Sibbe llegaron directa o indirectamente de China. Las consignas del plan que nos hunde en el caos, es de China de donde proceden. Esto lo explicaría todo. ¿Cómo no lo pensé yo antes?

Norton sonreía.

—La República Popular China es el bulto del tamaño de un melón en medio del abdomen de nuestro enfermo.

—Pero nunca logrará usted demostrarlo, amigo mío.

—Ya veremos. ¿Quiere saber una cosa? La política me ha producido siempre dolor de cabeza. Sin embargo, cuando uno debe elegir entre un dolor de cabeza y una puñalada, no hay más remedio que decidirse por el primero. ¿Puede usted ayudarme, Rachamanda? Partiendo de la hipótesis que hemos establecido, ¿puede darme alguna pista?

—Necesito pensarlo.

—¿Tiene manera de enviarme aviso a palacio si llega a una conclusión?

—Claro que sí.

—Hágalo. Ahora debo marcharme. —Una intensa satisfacción se reflejaba en el rostro del americano—. Equivocada o no, he encontrado una explicación lógica para algo que me obsesionaba; no sabe el peso que me he quitado de encima. Gracias por haberme brindado la oportunidad.

Rachamanda habíase sumido de nuevo en su hierática calma.

—Gracias a usted, señor Norton. Pero no olvide que el peligro nos amenaza aún.

Espero que volvamos a vernos en circunstancias más agradables.

Norton se dirigió a la puerta. A medio camino se detuvo frente al santón y fijó la mirada en su rostro impassible.

—Yahandrapan me dijo anoche que la mentalidad de usted no es muy superior a la de un caníbal. ¿Todos los caníbales tienen de las cosas la misma visión que usted?



—Depende. —El fantasma de una sonrisa humanizó por un momento las facciones de aquel desconcertante personaje inmóvil entre los dos humeantes pebeteros. Con burlona suavidad añadió—: Es posible que la tengan si son como yo, doctores en Filosofía por la Universidad de Cambridge, en Historia por la Sorbona, en Ciencias Sociales por la de Friburgo, en Letras por la de Berlín, y diplomados en las universidades de El Cairo, Bagdad, Bombay y Manila.

Rachamanda batió palmas para llamar a los malayos que esperaban fuera.

CAPÍTULO VIII

Las doce y veinte.

Norton se secó el sudor: dejó el pañuelo empapado. El calor era insoportable. El jadeante «Austin» le había abandonado en el límite de la ciudad y hubo de recorrer a pie, bajo el achicharrante sol, la distancia hasta el Palacio del Gobierno.

Un edificio feo y utilitario, construido por los ingleses. Oficinas donde los funcionarios, chinos e hindúes en su mayoría, bostezaban ante legajos y archivos.

La Consejería del Interior estaba en la segunda planta. Un ordenanza malayo. Un secretario que hablaba inglés. Un minuto escaso de espera.

Ilham Bassak abrió personalmente la puerta de su despacho y le invitó a que entrase. Su interesante rostro expresaba preocupación. Era, incluso en aquel prosaico marco, un patricio romano de tez oscura.

—Señor Norton, no sabe el alivio que experimento al verle... ¿Qué le ha ocurrido? El americano le miró con sorpresa.

—¿A mí?

—¡Naturalmente! Ha desaparecido usted de palacio. Su alteza ha ordenado a la policía una batida por toda la ciudad. Teníamos la esperanza de que compareciese aquí a las doce, pero cuando ha pasado la hora y no ha dado señales de vida ha cundido la alarma general. En estos momentos le buscan a usted por todas partes.

—Horror —dijo burlonamente Norton. Avanzó hacia la mesa del consejero—. Acabo de atravesar la ciudad de punta a punta y ningún agente de policía me ha prestado la menor atención. Compadezco a ustedes si de ese hatajo de holgazanes depende el orden público de Kalang.

—¿Pero qué le ha ocurrido?

—¿Qué demonio quiere que me haya ocurrido? Es mi primera mañana en este país y se supone, ¿no?, que debo asesorar al marajá sobre sus posibilidades turísticas. He dado un paseo, he admirado monumentos, templos y palacios, lugares pintorescos y vistas panorámicas. Lamento haberme retrasado unos minutos.

Bassak se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Ha sido eso?

—Si lo prefiere le diré que no, que me ha dado caza un tigre o que he corrido cualquier otra peligrosa aventura.

—Perdóneme, señor Norton. —El consejero improvisó una sonrisa de circunstancias—. Estábamos realmente inquietos. —Pasó al otro lado de su mesa escritorio—. Llamaré al coronel Nagpura para darle la noticia y que la transmita a su alteza.

Tomó el teléfono, el primero que Norton veía en Kalang.

—¿Sabe el marajá que yo debía venir aquí? Bassak mantuvo apretado el soporte del aparato.

—¿Por qué pregunta eso?

—Usted habló ayer de una entrevista privada y dijo algo sobre indiscreciones. Me dio la impresión de que quería tratar conmigo a espaldas de Yahandrapan; de lo contrario hubiera sido más sencillo vernos en palacio.

Sin responder, el consejero soltó el soporte y marcó un número. Habló en malayo: una conversación breve, unas frases autoritarias. Luego colgó el aparato y miró pensativo a Norton.

—En efecto —explicó entonces—, su alteza no está enterado de esta entrevista, pero he informado de ella a algunas personas responsables. La amistad que su alteza le profesa a usted es de temer que le impediría considerar objetivamente este asunto.

—¿Qué asunto?

—Ustedes, los americanos, gustan de ir al grano. Siéntese, por favor.

Norton se acomodó en una butaca. Se daba cuenta, con relativa sorpresa, de que ya no sentía curiosidad por lo que Ilham Bassak pudiera decirle. Su conversación con Rachamanda en el misterioso marco del santuario de Porongo había desvanecido la perplejidad que le atormentaba todavía cuando mediada la mañana se separó del capitán

O'Brien.

Por rara paradoja, había salido de aquel lugar encantado y ultraterreno con un sistema de ideas objetivo, concreto, práctico y realista.

—¿Y bien?

—Seré breve, señor Norton. Tengo algo para usted. —Las morenas manos de Ilham Bassak abrieron el cajón superior de la mesa y sacaron un sobre—. Es una modesta compensación por los perjuicios profesionales que su venida a Kalang puede haberle ocasionado, por los dispendios económicos, por las molestias e incomodidades. Le ruego que lo acepte con el agradecimiento del pueblo de Kalang y el mío propio.

Norton miró el sobre sin hacer ademán de tocarlo.

—No entiendo una palabra.

—Bien, ayer fue evidente para muchos que usted no se siente a gusto aquí. Por dos veces se atentó contra su vida. Hizo usted ante mí una alusión clarísima a la impresión que le habían producido las mazmorras de palacio. —El consejero se inclinó en actitud persuasiva a través de la mesa—. Señor Norton, no quiero que se violente usted por un concepto demasiado estricto de los deberes que su amistad hacia nuestro soberano le impone. Lo mejor para todos sería que se marchara en el mismo buque que le trajo a Kalang. La situación del país es crítica en estos momentos. Más adelante, cuando los ánimos se hayan sosegado y la autoridad se imponga, podrá usted volver, será acogido como merece y habrá ocasión de estudiar y desarrollar los planes destinados a convertir este pequeño paraíso en un centro turístico de renombre internacional. Ahora, por desgracia, ello es completamente inoportuno.

—¿Cree de veras en que algún día llegará esa ocasión?

—Estoy persuadido. Repito lo que le dije ayer en respuesta a su pregunta: apoyo los planes de su alteza con toda mi alma. Únicamente trato, en el terreno particular, de rendirle un servicio a usted y a él demorando la ejecución de dichos planes. Como consejero del Interior, por lo demás, sería para mí un gravísimo problema que a usted le ocurriera algún percance. Es usted un famoso periodista, señor Norton, un súbito extranjero, un amigo de mi soberano; si no en bien de usted. —Bassak sonrió irónicamente

—, tengo el deber de proteger su vida en bien de mis propios intereses. Espero que comprenda mi intención.

Norton no dijo si la comprendía o no.

—Es posible que me marche —declaró—. También es posible que me quede. Hasta mañana a las seis de la tarde, cuando el barco se disponga a zarpar, no tomaré una decisión. Y no se ofenda si rechazo su dinero: he venido por invitación del marajá y no dependo más que de él.

—Pero...

—No.

—Señor Norton, su respuesta no me satisface. Debe usted marcharse, quiero estar seguro de ello. El barco, si se lo indicamos así al capitán

O'Brien,

puede anticipar su salida a última hora de hoy.

—¿Por qué tanta prisa?

—Por prudencia y sentido común. Es usted práctico como corresponde a un temperamento americano... Naturalmente, su alteza no será informado del acuerdo que establecemos. Quedará entre usted y yo. Se despedirá usted de él, le expondrá que lo que aquí ha visto parece aconsejar un aplazamiento de los proyectos que ustedes...

Norton había extendido la mano y tomado el sobre. No fue un gesto brusco, pero sorprendió al consejero. Éste se interrumpió.

—Permítame.

—Es suyo, señor Norton. Me alegra que lo acepte. Los dedos del americano rasgaron el papel.

El sobre contenía un cheque por valor de diez mil dólares contra el «Singapur Metropolitan Bank» de aquella ciudad y llevaba la firma de Bassak.

—Se verá usted en un lío por mi culpa —dijo lentamente Norton—. Sí el marajá no está enterado de la presente transacción presiento dificultades a la hora de justificar este dispendio.

—No se preocupe.

—Por el contrario, me preocupo mucho. Kalang es un país pobre, donde diez mil dólares representan una fortuna. Ustedes, los ricos, lo son sólo en comparación con la miseria general. Rara es la persona que en el momento de presentarse una necesidad puede

disponer sin pestañear de una suma así.

—Confieso que no ha sido sin pestañear —dijo Bassak, indeciso—. De todos modos... Calló al ver que el americano se ponía en pie y depositaba el cheque sobre la mesa.

—Repito que no puedo aceptarlo, gracias. El rostro del malayo se ensombreció.

—Señor Norton, no me explico su actitud.

—Es sencillo. Se da la coincidencia de que siento curiosidad por saber cuántas personas en Kalang, prescindiendo del marajá, están en condiciones de desprenderse sin grave quebranto de una importante cantidad de dólares. Han llegado a decirme que, en teoría, no hay ninguna. Por lo que veo, una es usted.

—Se exagera mucho en cuestiones de dinero —replicó Bassak con voz clara, mirando al americano a los ojos—. Unos fingen tener más, otros menos del que realmente tienen; depende de las conveniencias. ¿Estamos de acuerdo respecto a su partida? ¿Envío aviso al capitán O'Brien?

—No.

—Un momento.

—No, Bassak, es inútil. No resolveré antes de mañana.

Una vena se hinchó súbitamente en la frente del malayo.

—Mañana... puede ser demasiado tarde.

Norton comenzó a retroceder hacia la puerta. Preguntó:

—¿Qué supone usted que va a ocurrir?

—Le matarán.

—No se perderá gran cosa. ¿Qué más?

—Habrá una guerra entre los rebeldes que capitanea Rachamanda y los leales a su majestad.

—Eso hará que el país se sacuda un poco su modorra. ¿Qué más?

—¿Le parece que no es bastante?

El americano se detuvo en la puerta.

—Me parece que todo eso será meramente el prólogo, Bassak. Los verdaderos acontecimientos se desarrollarán a partir del momento en que las dos supremas fuerzas de Kalang se aniquilen mutuamente y el campo quede libre para quien espera en la sombra a que todo se haya consumado.

—¿Qué dice usted, señor Norton?

—Ideas que uno tiene. —Norton abrió la puerta y se volvió hacia el consejero con una amplia sonrisa—. En Corea, donde estuve con la Infantería de Marina, adquirí cierta práctica en pelear contra chinos. No me importaría tentar de nuevo la experiencia, aunque no sea propiamente en el terreno de las armas... ¡Oh, a propósito! Anoche, en la antesala del salón de juntas de palacio, usted le pidió a Yassum Sibbe unas notas y él fue al despacho a por ellas, de donde ya no regresó. ¿Sobre qué trataban esas notas?

El torso de Ilham Bassak, inmóvil como la estatua de un senador romano de tez oscura, sobresalía rígidamente de la mesa escritorio.

—No lo recuerdo.

—Sabía que no iba a recordarlo —dijo Norton. Salió y cerró la puerta.

El aire cálido y húmedo se remansaba en las oficinas. Los ventiladores giraban tontamente, sin la menor eficacia.

La escalera descendente. El vestíbulo.

—Señor Norton.

Un militar de cromo de calendario se encontraba junto a la puerta de salida. Norton reconoció al decorativo teniente que había acudido a recibirle a bordo del correo de Singapur. ¿Bandagh? Bandagh era su nombre.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor; gracias por su interés. —En vano trató el americano de hallar ironía en su tono—. Señor, tengo orden de transmitirle un recado.

—Diga.

—Su Excelencia el general Dukkan ha sabido que se hallaba usted en el edificio y me ha encargado que desea hablarle.

Norton recordó como un relámpago: «Usted era amigo, buen amigo, o acaso pariente de Yassum Sibbe». Estaba viendo al adornado consejero de Guerra en la puerta del salón de juntas mirándole insistentemente mientras el resto de los concurrentes desfilaba por su lado.

¿Mirándole por qué?

—Vamos allá.

—Perdóneme, señor, no se trata de hablarle en este preciso momento. Su excelencia le ruega que acuda dentro de una hora al

salón amarillo de palacio. Me ha ordenado hacer constar ante usted que el asunto es de suma importancia.

—Iré.

—Gracias, señor.

—¿Podría usted hacerme un favor, teniente Bandagh?

—Estoy a sus órdenes.

—Consígame un coche de alquiler que me lleve a Purduk Hill.

—¡No faltaría más, señor! Pondré a su disposición un vehículo de la consejería de Guerra. Permítame un minuto.

Momentos después atravesaba Norton la ciudad en un «Land-Rover» pintado de gris, con los emblemas militares en rojo, conducido por un soldado indígena de rostro ansioso y movimientos epilépticos.

El coche le dejó ante la puerta principal de palacio.

Los centinelas dormitaban en sus puestos. La atmósfera era de horno.

Norton subió a su habitación sin encontrar a nadie en los salones, escalinatas y pasillos. La siesta parecía general. Arriba, en su cuarto, Essam, el sirviente, dormía también, tendido bajo los arcos de la terraza.

Despertó al oírle entrar. Floreció al instante su untuosa sonrisa.

—¡Señor! ¿Desea hielo? ¿Desea tomar un baño? ¿Va a mudarse de ropa?

—Deseo hielo —dijo cansadamente Norton—, deseo también algo de comer. Luego buscarás a Su Alteza la princesa Yassima y le anunciarás que necesito hablar un momento con ella.

Pasó al cuarto de baño, se quitó con impaciencia la ropa y se metió bajo la ducha. Permaneció allí hasta haberse arrancado por entero del cuerpo el ardor insoportable que a lo largo de la mañana se había concentrado en él, y cuando regresó a la habitación halló ya el recipiente del hielo a punto, una botella intacta de *whisky* y una gran bandeja con alimentos suficientes para saciar el apetito de media docena de personas. El criado malayo había vuelto a dormirse en el mismo lugar que antes.

Le tocó con el pie.

—¿Has transmitido mi recado a la princesa?

Sonó una llamada a la puerta en el momento en que Essam contestaba afirmativamente. El indígena se precipitó a abrir.

Norton se preguntó cómo el calor no afectaba a Yassima. Fresca, ligera, juvenil, realzada su figura de diosa por una blusa blanca de amplio escote y unos ajustados pantalones negros, la muchacha le sonreía desde el umbral. Su presencia era como un soplo de brisa perfumada.

Essam se retiró con discreción.

—Hubiera ido yo a verte —dijo el americano. Las imágenes de la noche anterior se atropellaban en su memoria—. No era necesario que vinieras tú.

Los aterciopelados ojos le traspasaban.

—Lo he preferido. Sólo dispongo de unos minutos.

—Bien... Quería decirte que he hablado con Rachamanda. La joven avanzó un paso.

—¿En Porongo? ¿Era allí donde estabas esta mañana?

—Sí.

—¿Ha ocurrido algo?

—Ahora sé con certeza que él no acaudilla la rebelión contra tu hermano. La cuestión del turismo no es sino un falso pretexto. Rachamanda no robó sus ignilks del salón azul. Existen fundadas razones para creer que el conflicto ha sido artificialmente provocado por un agente al servicio de una potencia extranjera que opera infiltrado en las altas esferas de la política de Kalang. Su propósito es conseguir que Rachamanda y tu hermano se destrocen mutuamente, para, en el caos que seguirá, dominar el país y conducirlo a la órbita de quienes han organizado y subvencionado la operación.

Yassima acogió la explicación en silencio, mirando a Norton a la cara. Sólo al cabo de un momento murmuró:

—Andy.

—¿No has comprendido?

—Andy, eres otro hombre. En apenas unas horas... Eres otro hombre, no el que conocí anoche antes de cenar, no el profesional de la galantería a quien la política producía dolor de cabeza...

—Olvida eso. Sigue produciéndomelo, pero hay otros dolores más agudos. ¿Has comprendido lo que te he dicho?

Ella asintió lentamente.

—¿Es una idea de Rachamanda?

—Es mía. Rachamanda opina, sin embargo, que estoy en lo

cierto. Kalang es una posición clave para dominar la Península Malaya, un territorio en el cual la República China tendría sumo interés en introducir una cuña.

—Un golpe de espionaje chino —dijo Yassima, absorta—. Era de suponer, Andy. Y todavía podemos hacerlo fracasar si le abrimos a mí hermano los ojos.

—No se los abriremos sin pruebas.

—¿Acaso existen?

—Tengo casi la certeza de quién es el agente que ha tramado la conspiración, pero necesito tu ayuda. Las pruebas deben aparecer, puesto que ahora sabemos en qué dirección buscarlas. Sólo en ti confío, Yassima. Sólo tú conoces a fondo la política de Ka —lang y a los hombres que la conducen. Necesitamos desenmascarar a un traidor que ha estado en contacto con el Gobierno chino, que influye poderosamente sobre tu hermano, que dispone de dinero abundante, en particular dólares americanos; que sobornó a Yassum Sibbe y que luego le hizo asesinar para cerrarle la boca. Dime quién es ese personaje, Recurre a cualquier medio para averiguarlo, y no olvides que el tiempo actúa contra nosotros. Dos de los cuchillos de Rachamanda esperan aún. Es prácticamente seguro que uno de ellos se clavará en el pecho de Mick si no lo impedimos nosotros.

—Lo intentaré, Andy.

—¿Cuándo sabré algo?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—A las siete y media. Espérame aquí media hora antes de cenar. Trataré de confirmar algo que tus palabras me han recordado. Una sola cosa, un leve indicio. Si fracaso...

Yassima no terminó la frase. Dio un paso más hacia Norton, se alzó sobre las puntas de los pies, rozó los labios de él con un beso y abandonó la habitación.

El americano permaneció un momento inmóvil.

Una hora. Una hora en el salón amarillo. El general Dukkan.

Comió apresuradamente un bocado, preparó un copioso *whisky*-hielo y lo bebió mientras se vestía.

Essam regresó.

—Llévame al salón amarillo. Estaba en la planta baja.

La hora había transcurrido. Exactamente sesenta y seis minutos.

El general Dukkan aguardaba sin impacientarse.

Aguardaba que los gusanos se comieran su cuerpo. Yacía muerto en una otomana, con los brazos y las piernas abiertas, los ojos en blanco y la enjoyada empuñadura del cuarto de los cuchillos de Rachamanda sobresaliendo de la pechera de su uniforme.

CAPÍTULO IX

Mick se aproximó a la ventana y disparó hacia fuera la colilla de su cigarrillo con una sacudida de los dedos, como los chulillos de París. Estaba triste, desalentado, de un humor negro y sarcástico que sentaba bien a su aire de muñeco falto de cariño.

—Ese chivo caníbal no podrá más que yo —dijo de nuevo.

Cualquier mujer se hubiera enternecido al verle, tan sencillo en su terquedad, tan apasionado en sus pequeñas cosas, con sus ojos de ciervo, sus pantalones tejanos y su listada camisa de punto, en aquel marco de esculturas, telas y libros que embellecían su cuarto de trabajo.

Norton sintió náuseas.

—Si midieras dos palmos más y pesaras el doble me darías la satisfacción mayor de mi vida —declaró ásperamente—. Podría zurrarte hasta romperte los huesos, que es ya lo único, me parece, que un buen amigo, un verdadero amigo puede hacer por ti. Te lo juro, Mick: he llegado a la horrible conclusión de que me importa un pimiento que te ensarten en un ignilk como un pollo en un asador; tu muerte por sí misma será un alivio para cuantos tienen la desdicha de vivir a tu lado. Es sólo el futuro de tu país lo que me interesa.

—Basta ya, por favor. He dicho que agradezco tus desvelos, pero soy yo quien gobierna Kalang y quien conoce sus problemas, no tú.

—Has dicho un montón de insensateces. El marajá disimuló un bostezo.

—Dejémoslo, Andy. Abramos una tregua hasta después de la cena. Tengo todavía algunos asuntos que despachar, espero un informe del coronel Nagpura y una noticia especial que, según confío, va a mejorar mucho las perspectivas. Quiero mudarme de

ropa y echar un trago sin discusiones. Sé amable y déjame en paz.

—Aguarda.

—No.

—¡Aguarda, Mick! ¿No te das cuenta de por qué ha sido asesinado el general Dukkan?

—Querido, no me obligues a repetir que la muerte de ese mamarracho me deja frío. Era un traidor, una víbora de la camada de Yassum Sibbe, vendido a mis enemigos como él. Le han eliminado porque ni siquiera a ellos les servía.

—Mick, ese hombre te era leal, y le han matado porque tú eres un pobre tonto. En parte, por el mismo motivo fue apuñalado Sibbe. Ambos supieron o sospecharon algo muy importante, algo que te atañía directamente, y sin embargo ninguno de los dos acudió a contártelo a ti porque nadie le cuenta cosas importantes a un memo que se negará a creerlas. Sibbe y Dukkan te conocían. Cuando el primero se asustó y decidió delatar a sus cómplices, fue en busca del jefe de Policía; el general, a su vez, vino a mí encuentro. Si tú hubieras sido un hombre de verdad hubieran acudido directamente a ti, y probablemente seguirían vivos y este maldito embrollo se habría aclarado. —Norton, en pie a unos pasos del marajá, le miraba con los brazos en jarras, acalorado, furioso, el rostro chorreante de sudor—. No te preocupes, no insistiré más por el momento. Espero tener pronto pruebas que te convencerán. No es culpa tuya si el azar ha colocado a un débil mental como tú en esta situación crítica. El mundo, Mick, por si no lo sabes, está dividido en dos enormes bloques, y únicamente el equilibrio entre ambos, permite al género humano vivir en paz. Cualquier alteración del equilibrio en beneficio de una u otra parte puede representar la guerra atómica y el fin de la civilización. Pero si el equilibrio empieza a romperse por aquí, nadie es capaz de prever dónde se producirá la próxima grieta. Tampoco Corea tenía gran importancia, a pesar de lo cual infinidad de muchachos de mi generación entregaron la vida entre Fusan y el río Yalu para impedir que la grieta se extendiese y estallara el globo...

Sonó en la puerta del estudio una discreta llamada.

Norton calló. Dominó su exaltación con un esfuerzo. Sacó el pañuelo para secarse el sudor.

A una palabra de Mick se abrió la puerta. Un ordenanza de la

guardia saludó desde el umbral y pronunció en malayo unas frases.

El rostro del marajá se animó como si lo iluminara un rayo de luz.

—Lamento no seguir escuchando tu arenga, querido —dijo burlonamente—, pero otras cuestiones más urgentes me reclaman. —Consultó su reloj—. Son ya las siete y media. Tienes tiempo antes de la cena de tomar una ducha que te calme los nervios. Creo que la necesitas.

Norton no replicó. Quedó solo en el estudio.

Pensó: «Son ya las siete y media». Desde el asesinato de Dukkan se había marchitado la tarde en esperas inútiles, discusiones sin objeto, y calor, calor, calor... Mientras tanto, un cuchillo, el quinto cuchillo de Rachamanda, esperaba el momento de descargar su golpe.

Yassima tenía un leve indicio.

¿Qué?

Un leve indicio.

Exasperado, Norton se dirigió a su habitación. Despidió al obsequioso Essam. Se preparó un *whisky*-hielo bien cargado y comenzó a beberlo a pequeños sorbos, quieto, pero tensos todos los músculos, fija la vista en los arcos de la terraza.

La media y cuatro minutos. Y diez.

Norton se preparó otro vaso. Las ocho menos cuarto.

Menos cinco.

Súbitamente comprendió que no podía resistir más. Dejó el vaso vacío y salió a la terraza. Nadie. Ni una sombra en movimiento que anunciara la llegada de Yassima.

Echó a andar hacia su derecha y alcanzó el ángulo de la fachada, donde la terraza terminaba, sin ver nada absolutamente, sin oír el más leve rumor.

Encendió un cigarrillo y emprendió el regreso. Pasó por delante de su habitación.

Continuó. Nada. Nadie.

Pero por aquel lado la terraza no terminaba en la esquina, sino que doblaba ésta para seguir por la fachada adyacente.

Lo primero que vio Norton al rebasar el ángulo de la pared fue una forma oscura tendida en el suelo. De un salto acudió junto a ella, y un feroz gruñido le contuvo cuando se agachaba a

examinarla.

Era un guepardo. Estaba herido, bañado en sangre, sin fuerzas para sostenerse sobre sus patas, pero sus colmillos brillaban en la penumbra anunciando que rechazaba la ayuda del hombre.

El guepardo era sin duda Fang, el predilecto de Yassima. Herido.

Norton se enderezó como sacudido por un latigazo y miró en torno. Si alguien había atacado al animal no pudo tener más que un motivo: privar a la princesa de su protector.

Descubrió una rendija luminosa a pocos metros y se lanzó furiosamente hacia allí, viéndolo, viéndolo como si fuera real: el cuchillo con la esvástica de rubíes clavado en el cuerpo de Towek, en el de Sibbe, en el de Dukkan, en el de... ¡No! Sería culpa suya. Él había hundido a Yassima en aquel abismo de iniquidad solicitando su ayuda, una ayuda que conducía a la muerte.

Empujó una puerta con el hombro y entró tambaleándose en una habitación. La luz le deslumbró un instante.

Vio el quinto cuchillo.

Un hombre lo blandía en alto para asestarlo contra la muchacha, cuya forma confusa se debatía debajo de él, aprisionada entre sus rodillas, una enorme mano negra ciñéndole la garganta.

La irrupción de Norton distrajo un instante al asesino obligándolo a volverse hacia la puerta. Era un coloso de piel oscura y rostro bestial, ataviado con un sucio lienzo que dejaba desnudo su cuerpo de cintura para arriba.

Durante un segundo titubeó con el cuchillo en el aire, paralizado por la sorpresa. Luego Norton se arrojó contra él en un esfuerzo desesperado y alcanzó a detener la mano armada cuando ya descendía. El terrible impacto hizo al malayo perder el equilibrio. Norton le golpeó con saña, con toda la ciencia homicida que los rudos instructores, viejos expertos en el desnucamiento de japoneses, le inculcaran años atrás en el campo de adiestramiento de San Diego. Pero el hombre era sólido como el tronco de un árbol. Intentó escapar arrastrándose. Norton apretó la presa en torno a la muñeca de la mano con que esgrimía el puñal, retorció, tiró. Los huesos se rompieron con un espeluznante crujido, el indígena aulló de dolor, el arma rodó por el suelo, su esvástica de rubíes centelleando a la luz.

Con el ímpetu de un toro salvaje logró el Malayo liberarse y

emprender la fuga hacia la terraza. Norton le echó rápidamente la zancadilla. Un brazo inutilizado, el asesino cayó y se levantó, siguió avanzando por el impulso adquirido hasta el umbral de la puerta, y allí volvió a caer.

El americano se había enderezado para correr en su persecución. No lo hizo. El malayo gritaba nuevamente, pero algo truncó ahora su grito convirtiéndolo en un estertor.

Un cuerpo moteado.

El guepardo herido había conseguido llegar hasta la puerta de la habitación de su ama y destrozaba entre sus fauces la garganta del coloso que acababa de derrumbarse ante él.

Norton se volvió.

Junto a una mesa volcada en la lucha, incorporada sobre un codo, la joven sollozaba histéricamente, medio asfixiada todavía por la manaza de su agresor. Pero sus ojos tenían un brillo patético y sus labios pugnaban por pronunciar unas palabras.

Antes de dar el primer paso para acudir en su socorro, el americano creyó entender:

—Rachamanda... aquí... Deprisa...

Se arrodilló junto a ella y rodeó sus hombros con un brazo.

—Yassima, ¿qué dices?

—Rachamanda... con Mick...

—¿Aquí? ¿En el palacio?

—Date prisa, Andy... Ha venido...

—¿Rachamanda?

—Corre... corre... Norton se puso en pie.

—Dios me valga —murmuró.

Una sensación de catástrofe inundaba su espíritu. Miró vacilante a la princesa, pero un gesto de Yassima con la mano le decidió a actuar.

Abandonó la habitación.

Tuvo que orientarse, porque no conocía aquel extremo del palacio. Avanzó a la carrera por un pasillo, lo abandonó por otro en una encrucijada, dobló un recodo, y lanzó un suspiro de alivio al descubrir a Essam, montando guardia ante una puerta que no era sino la de su propio cuarto.

—¡Essam! —llamó—. ¡Pronto! ¡Condúceme junto al marajá, esté donde esté! ¡Pronto, pronto!

La energía de su voz galvanizó al malayo. Essam echó a correr, le precedió pasillo adelante, abrió una puerta, gritó una pregunta. Otra puerta más allá.

—Abajo, señor.

Se precipitaron a la escalera. Dos centinelas. Un sirviente.

Las preguntas de Essam obtenían por respuesta un encogimiento de hombros. El salón azul. El amarillo.

Un oficial de la guardia.

Norton se sentía a punto de estallar.

—¡Por aquí, señor! ¡Por aquí!

El malayo se detuvo en un corto tramo de pasillo, ante una puerta cerrada. La señaló con un ademán y se hizo a un lado respetuosamente.

A través de la recia hoja de madera adornada con clavos de bronce no se filtraba el menor rumor.

Norton asió la manija conteniendo el aliento. Empujó.

Era allí, ciertamente. En una habitación adornada con panoplias de armas indígenas, cuya puertaventana conducía a un patio.

Había tres hombres.

Uno era Mick, otro era Rachamanda. Al tercero, tendido en el suelo, no se le veía el rostro.

El americano los contempló desde el umbral, sin comprender qué era lo que ocurría.

La impresionante figura del santón, alta, erguida, blanca y ascética, se hallaba a un lado. El marajá, frente a él, se cubría con las manos la cara. Su cuerpo se estremecía. Norton tardó un momento en darse cuenta de que aquellos estremecimientos no eran sino sollozos.

¡Sollozos!

Rachamanda volvió hacia la puerta sus ojos penetrantes. Su voz vibró:

—Le ruego que nos deje solos, señor Norton. No hay motivo para preocuparse.

Discúlpenos.

—De ningún modo. Exijo una explicación. Silencio.

—Perfectamente —dijo el santón al fin—. He hecho las pesquisas que usted deseaba, y el resultado me ha inducido a venir a palacio desafiando cualquier riesgo. No había tiempo que perder.

Todo indicaba que Su Alteza estaba amenazado de muerte y completamente a merced de su asesino. —Racha— manda semejó erguirse todavía más. —El padre de Yahandrapan expuso su vida por salvar la mía y era justo que yo expusiera la mía por salvar la del muchacho. Tengo la satisfacción de haber conseguido mi propósito.

Norton sostuvo su mirada un instante. Luego entró en la habitación, avanzó hacia el hombre tendido en el suelo y lo volvió con el pie.

Estaba muerto. La postura de su cabeza revelaba que tenía el cuello roto.

—¿Lo han hecho sus manos?

—Mis manos —asintió fríamente Rachamanda.

—¿Cuando este cerdo intentaba matar a Yahandrapan?

—En el último segundo, señor Norton. Hay un cuchillo en el suelo debajo de su cuerpo. Sin mi esvástica...

—¿Un golpe desesperado?

—Sí.

Norton miró a Mick.

—¿Por eso llora este imbécil?

—Su Alteza era sólo un chiquillo, pero de pronto se ha convertido en hombre —dijo Rachamanda solemnemente—. Frente a la muerte y frente a la verdad, son muchos los hombres que lloran. No sea usted demasiado duro con él.

—No sea usted demasiado blando —replicó Norton.

Se apartó del cadáver, y al volverse hacia la puerta vio que en ella, mirando a su hermano, silenciosa, inmóvil, se encontraba Yassima.

—Llévesela —oyó decir al santón.

Se aproximó a la joven y notó que temblaba. La asió del brazo. Salió con ella al pasillo y cerró la puerta.

—No has debido venir. Yassima se apoyó en su pecho.

—Andy, quería saber... He visto a Rachamanda llegar a palacio en su viejo «Austin». Tenía que estar loco. Yo creía que mi hermano se encontraba en su habitación, mudándose de ropa para la cena; he corrido a prevenirle, a detenerle... En la habitación estaba oculto el hombre del cuchillo...

—¿Era la de Mick la habitación donde te he encontrado?

—Una de sus habitaciones.

Norton suspiró. Vio que Essam les observaba con disimulo desde el extremo del pasillo.

—Vámonos de aquí. Es necesario que olvides esto, Yassima. La pesadilla ha terminado. Ese hombre estaba oculto para matar a Mick con el último cuchillo de Rachamanda, y tú has salvado indirectamente la vida de tu hermano con tu intervención. —El americano titubeó—. Bajemos al muelle —propuso—. Si el yate de Mick no está reparado todavía reservaremos tres pasajes en el buque del capitán

O'Brien.

La muchacha le miró con sorpresa.

—¿Tres?

—Tú, Mick y yo. Nos marchamos, querida. Kalang va a quedar en buenas manos: lo gobernará Rachamanda en ausencia del marajá. Dijiste ayer que era éste lo mejor que podía ocurrir...

—Espera, Andy.

—No, Ahora soy yo quien forja planes.

—¡Espera, por favor! —exclamó nerviosamente la joven—. Andy, tú no comprendes...

Había... había un hombre muerto en esa habitación... Mi hermano estaba llorando...

—¿No has oído a Rachamanda? Es honesto llorar ante la verdad.

—¿Quién era aquel hombre?

Norton conducía a la muchacha con suave firmeza hacia el vestíbulo.

—Has dicho esta tarde que tenías un indicio. ¿Qué has averiguado desde entonces?

—Nada, Andy.

—¿Nada?

—No he podido confirmar mis sospechas. Te lo suplico, dime, ¿quién era el hombre muerto en esa habitación? ¿Quién era?

El americano respondió a media voz:

—Ilham Bassak.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).

Notas

[1] Savia en bruto o látex de diversos árboles < <

[2] Poblados de chozas construidas con bidones vacíos, de donde procede su nombre, pero también con otros materiales de desecho obtenidos en su mayor parte de la intendencia militar. Las bidonvilles, típicas de los países pobres de la zona tropical, proliferaron después de la guerra mundial y a raíz de las de Indochina y Corea. < <

[3] Célebre dama inglesa, alma caritativa y llena de compasión, que en la época de la guerra de Crimea creó las enfermeras de la Cruz Roja. Cuando llegó a los campos de batalla morían el 42 por ciento de los soldados heridos; poco después la mortalidad había descendido al 2 por ciento. < <

[4] Combate a corta distancia o cuerpo a cuerpo. En sentido estricto se designa con este nombre el compendio de los golpes peligrosos y las presas, contrapresas y paradas más eficaces extraídos del jiu-jitsu, del karate y otras técnicas japonesas de autodefensa, que forman parte de la mortífera instrucción de los infantes de Marina norteamericanos. < <